



Doscientos cincuenta números

Relatos del relato y de la proximidad

Oswaldo Barrera
 Gerardo Galarza
 Melissa García Meraz
 Mariana Leñero
 Luis Mac Gregor Arroyo
 Ivonne Melgar
 Esteban Ortiz Castañares
 Francisco Ortiz Pinchetti
 Leticia Robles de la Rosa

PAGS | 10-21



El Experimento de Tuskegee

Por Nadia Menéndez Di Pardo

VIDA | 4



Ilustración: Dirce Hernández

Entre el Oro y Tlalpujahuá

Francisco Ortiz Pardo recurre a la tradición oral que permanece entre los habitantes de El Oro y Tlalpujahuá, dos pueblos mágicos que aunque colindantes pertenecen a dos diferentes entidades del país, para dar cuenta de su sorprendente historia, que ha pasado por cuatro épocas.

Páginas | 7 a 9





San José Insurgentes
Instituto de Yoga GFU

55 años nos respaldan

¡Atrévete al cambio!,
practica:

Yoga

Alivio del estrés,
mejor respiración
y circulación,
conciencia y paz interior

¡Regresamos
a clases
presenciales!

www.yogasanjoins.com
sanjoins@hotmail.com



¡Que viva México!

Coincide felizmente esta edición 250 de *Libre en el Sur* con la conmemoración de la Independencia de México. Este 15 de septiembre los mexicanos volveremos celebrar como todos los años, --quizá sin mucha referencia a nuestra Historia--, una fiesta única cuya misteriosa esencia llevamos literalmente en la sangre. Esta vez, negros nubarrones cubren el firmamento patrio, es cierto. Sin embargo, las festividades septembrinas son precisamente una oportunidad de reflexión sobre nuestro propio comportamiento hacia el país en el que nacimos. Quizá lamentemos y nos quejemos de lo que nosotros mismos no supimos evitar. Sirva para esta reflexión, también, esta celebración. Y tomemos de ella conciencia y decisión para participar más activamente en la construcción de nuestro futuro común. Por lo demás, disfrutemos con nuestros familiares, amigos, vecinos y compatriotas una gesta memorable que hoy nos da identidad. ¡Que viva México!

» DIRECTORIO

Libre en el Sur
Doscientos cincuenta
Septiembre de 2024

Director
Francisco Ortiz Pinchetti
Subdirector
Francisco Ortiz Pardo
Coeditor gráfico
Víctor Durán
duran.victor@hotmail.com
Servicios fotográficos
Agencia Cuartoscuro
Asesores de ventas
Elena Pardo S.
Diseño
Kimera

Oficinas
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,
colonia Tlacoquemécatl del Valle,
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreenelsur@gmail.com
www.libreenelsur.mx

Libre en el Sur es una publicación mensual digital editada por Grupo Libre Comunicación, S.A. de C.V. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Nombre (Indautor) número 050714382500-101 Los editores no son responsables del contenido de la publicidad. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores.

EL ÚLTIMO GRITO

¡TENGO QUE PASAR A LA HISTORIA!
¡VIVA YO!



Suscríbete por sólo \$350 pesos anuales
ENVÍO GRATIS

Adquiere hasta la puerta de tu casa *Cuartoscuro*, la principal revista de fotografía en México y América Latina.

Desde hace casi 30 años la revista está comprometida con visibilizar la creación fotográfica en nuestro país desde una perspectiva independiente. ¡No te quedes sin tu ejemplar!



revista@cuartoscuro.com
teléfono 555211 2607, ext. 106

CUARTOSCURO
AGENCIA DE FOTOGRAFÍA Y EDITORA

37 AÑOS DE RETRATAR A MÉXICO

OFERTA \$150 POR DIAGNÓSTICO

¿Sabías que? puedes conocer:

IDENTIDAD • CARÁCTER
• TEMPERAMENTO
MODO DE SER DE UNA PERSONA
POR MEDIO DE SU FIRMA Y ESCRITURA

¡DESCÚBRELO!



Alberto Benítez Castelán,
perito en Grafología

5536 46 56 56

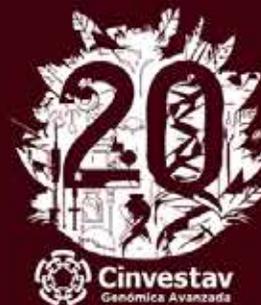


Cinvestav

EXCELENCIA EN INVESTIGACIÓN Y POSGRADO*

AJOLOTES vs DEADPOOL

LA CIENCIA DE LA REGENERACIÓN



El **ajolote** (*Ambystoma mexicanum*) es un anfibio urodelo que habita en varios lagos de México. Mantienen características larvales toda su vida y viven en un entorno acuático desde la fertilización hasta el desarrollo.

La **Unidad de Genómica Avanzada del Cinvestav** lidera estudios genómicos en ajolotes, enfocándose en las bases moleculares de la metamorfosis y regeneración

AJOLOTES



Poseen una capacidad regenerativa única:

- **Extremidades:** Brazos y piernas
- **Mandíbula:** Reconstrucción de la estructura mandibular
- **Columna vertebral:** Reparación y regeneración del tejido nervioso
- **Cerebro:** Regeneración de áreas dañadas del cerebro
- **Corazón:** Regeneración del músculo cardíaco
- **Branquias:** Regeneración completa de las branquias y otros órganos

DEADPOOL



El famoso **antihéroe de Marvel, Deadpool**, es conocido por su increíble capacidad de regeneración, similar a la de los ajolotes.

Aunque es un personaje de ficción, su habilidad tiene un fascinante paralelo con la biología real de estos anfibios.

Comparación:



Velocidad

La regeneración de **Deadpool** es casi instantánea, mientras que en los **ajolotes** toma semanas o meses.



Alcance

Deadpool puede regenerar órganos internos y extremidades completas, al igual que los **ajolotes**, pero de forma mucho más rápida y extensa.



Base científica

La regeneración de los **ajolotes** tiene una base biológica real, mientras que la de **Deadpool** es una exageración ficticia para el entretenimiento.



Entérate de lo más novedoso de la ciencia en México, síguenos en **Conexión Cinvestav**.



f @ConexionCinvestav
 conexioncinvestav
 Conexión Cinvestav



www.cinvestav.mx



Foto: Finding by roots

Para algunos se trató del ensayo más infame de la historia.

Una tragedia racista de la biomedicina

POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

El experimento de Tuskegee se realizó en una ciudad con este nombre en el estado de Alabama, en Estados Unidos. De acuerdo con Brandt (1978) el experimento se llevó a cabo en el Condado de Macon, una región rural y pobre del sur de los Estados Unidos con una población en su mayoría afroamericana y económicamente desfavorecida. Esta área geográfica fue seleccionada principalmente debido a su pobreza extrema y a la alta prevalencia de la sífilis entre la población afroamericana local, lo que facilitó el reclutamiento de participantes bajo el pretexto de que recibirían tratamiento gratuito. Este estudio tenía por objetivo llevar a cabo experimentos sobre la sífilis en hombres negros y fue realizado por el Servicio de Salud Pública de Estados Unidos. La “supuesta” investigación comenzó en 1932 y concluyó en 1972 en colaboración con el Instituto Tuskegee, una ins-

titución educativa afroamericana ubicada en esa ciudad.

Como lo documenta Brandt (1978) se reclutaron a 600 hombres afroamericanos, de los cuales 399 estaban infectados con sífilis, y los 201 restantes servían como grupo de control. El objetivo, como lo señala este autor, era observar la progresión de la sífilis sin tratamiento, para entender mejor sus efectos a largo plazo. Sin embargo, el experimento se llevó a cabo sin el consentimiento informado de los participantes, quienes no sabían que padecían sífilis ni que se les negaría el tratamiento. Reforzando el estudio de Brandt, de acuerdo con el investigador Jones (1993) este experimento oficialmente conocido como el “Estudio de Tuskegee sobre la Sífilis no Tratada en el Varón Negro”, es uno de los episodios más oscuros en la historia de la ética médica en los Estados Unidos. Inicialmente, se diseñó para observar el curso natural de la sífilis no tratada en hombres

afroamericanos, bajo el pretexto de que se les proporcionaría tratamiento gratuito para “mala sangre”, un término utilizado para describir una variedad de enfermedades, incluida la sífilis. Jones (1993) explica que los participantes del Experimento fueron convencidos para unirse al estudio mediante una serie de engaños y manipulaciones; reclutados bajo el pretexto de que recibirían tratamiento gratuito para tratar una variedad de enfermedades, incluida la sífilis, anemia, y fatiga. Como lo señala Brandt (1978), para asegurar la participación a los hombres se les prometió atención médica gratuita, exámenes médicos regulares, y transporte gratuito al hospital. Además, se les ofrecieron incentivos como comidas gratis y seguro de entierro en caso de muerte, lo que resultaba muy atractivo en una comunidad empobrecida. El conjunto de estas promesas fue presentado de tal manera que los participantes creyeron que estaban recibiendo un

trato médico generoso, cuando en realidad estaban siendo utilizados en un experimento que negaba deliberadamente el tratamiento adecuado para su enfermedad. Esta manipulación fue esencial para asegurar su cooperación a lo largo de las décadas que duró el estudio (Reverby, 2009). Sin embargo, lo que los participantes no sabían era que no recibirían el tratamiento adecuado para la sífilis, incluso cuando la penicilina se convirtió en el tratamiento dominante. Reverby (2009) en su investigación sobre el tema señala que, en lugar de ello, los médicos les administraron placebos y tratamientos ineficaces, mientras monitoreaban el avance de la enfermedad. Los participantes no fueron informados de su diagnóstico real ni de los verdaderos objetivos del estudio, lo que constituyó un violento abuso hacia la población afectada. Los daños causados por el Experimento de Tuskegee fueron profundos, dolorosos y duraderos. Las secuelas fueron terribles, muchos de los hombres sufrieron graves complicaciones de salud, incluida la ceguera, demencia y muerte, y daños en órganos internos, a medida que la enfermedad progresaba sin tratamiento. Además, la enfermedad se transmitió a las esposas de los participantes y a sus hijos, perpetuando así la agonía y el sufrimiento. Durante los 40 años que duró el experimento, aproximadamente 128 de los 399 hombres infectados con sífilis murieron directamente como resultado de complicaciones de la enfermedad.

De acuerdo con Brandt, el contexto en el que se realizó el experimento refleja el racismo institucionalizado de la época. La creencia predominante entre muchos científicos y médicos blancos era

Durante los 40 años que duró el experimento de Tuskegee en varones negros contagiados de sífilis, 128 de los 399 hombres infectados murieron directamente como resultado de complicaciones de la enfermedad. Un ejemplo de cómo la ciencia puede ser distorsionada por el racismo y la falta de ética.

que los afroamericanos eran más susceptibles a ciertas enfermedades debido a su predisposición biológica, y que el curso de la sífilis en ellos podría ser diferente al de los blancos.

Además, existía una percepción de que los afroamericanos eran un grupo de estudio conveniente debido a su posición social y económica desventajosa, lo que facilitaba su explotación. Debemos resaltar los importantes trabajos de Vanessa Northington Gamble en 1997, en que analizó cómo el Experimento de Tuskegee ha sido un factor fundamental en la generación de desconfianza hacia el sistema de salud por parte de las comunidades afroamericanas. Ella discute cómo el experimento de Tuskegee se convirtió en un punto de referencia en la discusión sobre la ética médica y la investigación. Resalta cómo este caso ayudó a reformar las prácticas éticas en la investigación médica, especialmente en relación con el consentimiento informado y la protección de sujetos vulnerables.

Las repercusiones éticas y sociales del experimento fueron significativas. El estudio salió a la luz pública en 1972, cuando un artículo del periodista Jean Heller lo reveló en el *New York Times*, lo que provocó una indignación generalizada. En respuesta, el gobierno de los Estados Unidos estableció la Comisión Nacional para la Protección de los Sujetos Humanos de Investigación Biomédica y del Comportamiento, que llevó al desarrollo del Informe Belmont en 1979, un documento fundamental que establece los principios éticos para la investigación con seres humanos, incluidos el respeto por las personas, la beneficencia y la justicia (Jones, 1993). La conclusión a partir de las investigaciones citadas es que el Experimento de Tuskegee fue un ejemplo terrible de cómo la ciencia puede ser distorsionada por el racismo y la falta de ética. Tristemente este experimento es el reflejo de cómo en poblaciones vulnerables y muchas veces marginales y especialmente entre las comunidades que han sido históricamente explotadas se puede manipular y engañar para experimentar. Y, por consiguiente, causar la muerte. ■

Es prioridad en BJ calidad de vida



Antonio Machuca

Aun mes de concluir la presente administración encabezada por Santiago Taboada, ex candidato a la Jefatura de Gobierno de Ciudad de México, los resultados obtenidos durante su gestión se mantienen vigentes.

Con la creación de la estrategia de seguridad Blindar BJ, eje principal de su gobierno, la demarcación logró posicionarse prácticamente durante cuatro años como la más segura de la ciudad e incluso mantenerse en los primeros lugares del país, de acuerdo con la última Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana del INEGI.

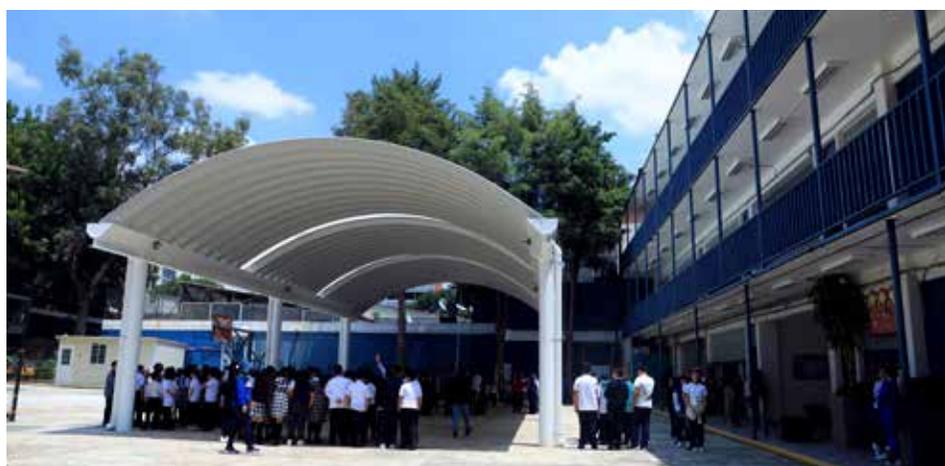
“Somos una alcaldía que cree en una cosa: en que la calidad de vida para todos sea mucho mejor, no importando la condición ni la colonia en la que vivas, por eso le apostamos a la seguridad, a los espacios públicos, a la calidad de vida.”

Este modelo de policía civil bien capacitada, equipada con tecnología inteligencia y coordinación ha permitido blindar las calles y, con ello, que sus habitantes se apropien de los espacios públicos, parques, centros deportivos y culturales, que fueron remodelados y mejorados en su beneficio.

Esto además ha generado confianza para invertir dentro de la demarcación, lo que se ha traducido en desarrollo y generación de empleo.

También, el ex alcalde de Benito Juárez apostó por políticas públicas para apoyar a quienes más lo necesitan, a través de programas y acciones sociales encaminados a mejorar la educación, la economía y la salud, por ejemplo: estancias infantiles, apoyos a personas mayores, con discapacidad, a Jefas y jefes de familia, desempleo, Médico en tu Casa y medicinas gratuitas, mastografías y apoyo contra el cáncer de mama.

Además, en materia educativa, hizo un énfasis especial a pesar de no contar



Durante los últimos seis años, la alcaldía Benito Juárez logró posicionarse según encuestas como la mejor demarcación para vivir en la Ciudad de México.



con un presupuesto específico para atender las necesidades en las escuelas públicas pues, esta convencido de que es a través de la educación como se reduce la brecha de desigualdad, por lo que invirtió en mobiliario e infraestructura para favorecer el sano desarrollo de las y los niños.

Dentro de su plan de gobierno destaca su compromiso con el medio ambiente, a través del innovador sistema de captación de agua de lluvia con el que se han logrado recolectar más de 27 millones de litros de agua para consu-

mo humano, proyecto que se ha sido reconocido por hacer de Benito Juárez una alcaldía sustentable y con visión de futuro.

Los resultados también se confirman con La Radiografía Chilanga del Instituto Mexicano para la Competitividad (IMCO) publicada este año, en la cual señala que, es la única de las 16 alcaldías de la ciudad que tiene un índice muy alto de desarrollo local. Sin duda, una gestión que ha hecho a Benito Juárez la mejor alcaldía para vivir en la Ciudad de México.



SÚMATE

POR UNA VIDA LIBRE DE POBREZA



Cada día miles de personas sufren las consecuencias de vivir en zonas vulnerables en condiciones de pobreza. Fondo para la Paz IAP está trabajando desde 1994 para transformar esta realidad.

Tú puedes hacer la diferencia con una donación desde 300 pesos al mes.

Dona en; fondoparalapaz.org/donar
Teléfono: 55-5570-2791
Whatsapp: 55 3929 9660

Los pueblos de oro

El Oro y Tlalpujahua son sitios únicos, que aunque están pegaditos se ubican en dos estados diferentes; su historia se cuenta en cuatro tiempos, entre montañas.

Por Francisco Ortiz Pardo

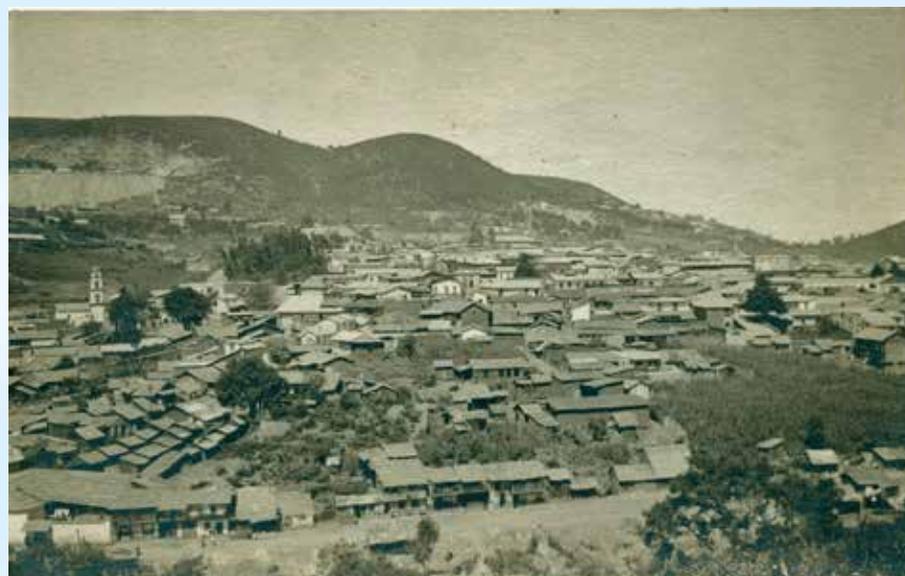
Om ami dhewa hri.

Solo las montañas que asoman con su verdor exuberante por el espacio que delimita el arco de un atrio, más allá de las callejuelas empedradas y empinadas que se vuelven ríos casi cascadas en este verano de lluvias torrenciales, han sobrevivido a las cuatro historias del hermoso pueblo de Tlalpujahua (del náhuatl que dice algo así como “tierra de esponja”): La prehispánica, la colonial, la minera... ¡y la navideña!

Pero como los pinos de ocote y sus aromas que se expanden en la frescura del ambiente no hablan ni escriben, son las personas originarias que han preservado por generaciones

los relatos que son esculpidos en lo ya esculpido por las vivencias y las imaginaciones propias, el orgullo de haber nacido en este terruño michoacano que, casi por azar, quedó al otro lado de la franja que lo separa del Estado de México, donde se encuentra su pueblo *hermano*, El Oro.

Lo pienso como trepado en unos portales, a 2,600 metros sobre el nivel del mar, bajo un reloj de época que debe ser de manufactura inglesa por lo que voy a platicar. El aparato, que ya no da la hora, tiene más valor para mí empujado en finas maderas que se han ido pudriendo. Hacia arriba solo queda el cielo y el templo Del Carmen, llamado así no por la devoción a la Virgen del Carmen, en cuya imagen venerada carga a su niño, sino por el mural que fue convertido en retablo después de ser rescatado de entre el lodo con metales que enterró una hacienda completa y todo un poblado adya-



Vista panorámica de El Oro hacia 1930

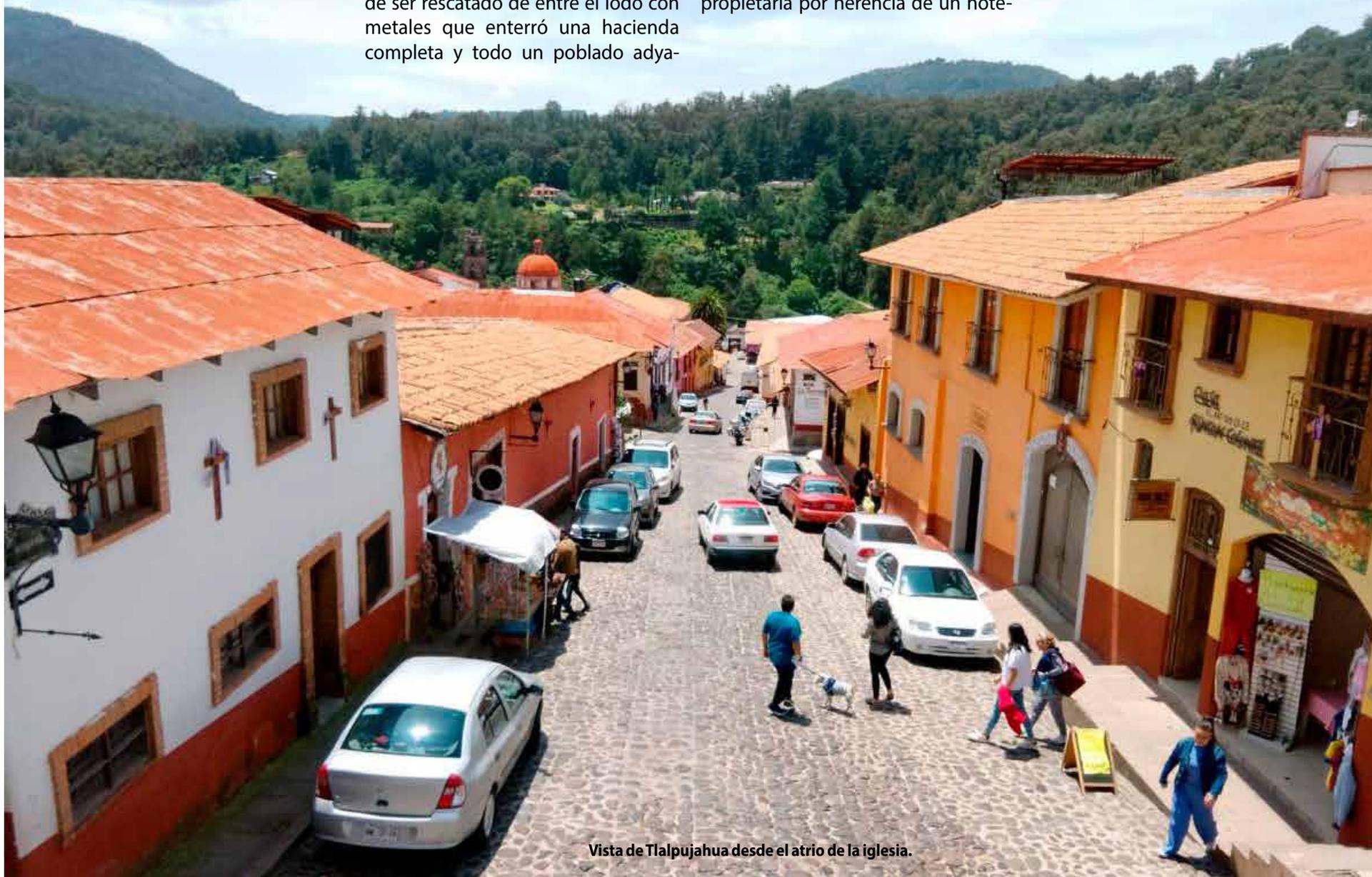
Foto: Mi México antiguo - Facebook

cente, próspero por la explotación del oro y la plata: Las Lamas, le llamaban. “Era como el viejo oeste; así, como se ve en las películas”, platica Gloria Martínez Casado, que nació allí para contarle.

Un retiro de meditación tibetana me ha llevado a sorprenderme con ese entorno que abraza a los dos pueblos mágicos. Doña Gloria –que es la propietaria por herencia de un hote-

lito en pleno centro de Tlalpujahua– explica que las viejas construcciones de El Oro con techumbres de lata rojiza, herrajes un tanto afrancesados en sus balcones y cornisas de madera en sus ventanas, son similares a lo que hubo en Las Lamas.

Evidencia de la riqueza dada por las minas de la que tanto ingleses como franceses explotaron hasta mediados



Vista de Tlalpujahua desde el atrio de la iglesia.

Fotos: Francisco Ortiz Pardo

del siglo pasado, El Oro parece efectivamente un pueblo visto en pantalla grande, donde aún funcionan dos o tres de las muchas cantinas con sus portezuelas recortadas que permiten ver desde fuera a los borrachos y bromear con mi primo inglés: “¡Busco a Jhonny Chamaco! En ellas –platica la mujer de 87 años de edad, pero lúcida y erguida, que camina sin necesidad de bastón— se servían las copias de los licores irlandeses o ingleses. La placita es como un set con su kiosco y alrededor todo rehabilitado, bien pintadito: una zapatería, una tienda de regalos, una farmacia, un Oxxo, una cafetería, pero integrados a esa atmósfera de la época. La cafetería es pequeña pero tiene un semisótano, que es donde preparan las bebidas. En el piso y el techo sobresalen las maderas que crujen.

A unos pasos de allí se forma una enorme escuadra donde se ha desplegado un tianguis tradicional que da cuenta del mestizaje y los más antiguos vestigios tarascos; en unos segundos se pasa de la tranquilidad al caos con sus colores de todas las frutas y todas las verduras, los antojitos, la vendimia de ropa: el controversial dilema del mercado de la sobrevivencia cuyos tollos tapan las fachadas magníficas que le dan al pueblo su mayor identidad. Me quedo un largo rato viendo a una anciana vendedora que limpia, sentada en el suelo, el huitlacoche en su mazorca de maíz.

Entre ese caos funcional, tres inmuebles grandes son la mayor evidencia del paso de los extranjeros ricos por allí. “No solo ingleses y franceses, también de otras nacionalidades, orientales, que llegaron a invertir en las minas pero sobre todo en los comercios que crecieron con el consumo de tantos trabajadores. Fueron verdaderos pueblos cosmopolitas”, relata Gloria Martínez. Así, el Palacio Municipal termina siendo un edificio ecléctico, deslumbrante por sus torres, que mezcla el neoclásico inglés y el art nouveau francés. Allí se



Reloj



Otra vista de Tlalpujahua



españoles llegaron a sabiendas de eso. Tlalpujahua efectivamente formó parte de la encomienda de Taimeo, en 1528.

Se explica en un documento de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo que cuatro siglos después de eso, el 27 de mayo de 1937, tras una semana de sostenida y fuerte lluvia, se generó un gran volumen de lodo que causó la muerte de al menos 300 personas destruyendo parte de la histórica parroquia de El Carmen y devastando los alrededores de la población de Tlalpujahua. Este movimiento de masa destructivo fue provocado por la ruptura de la presa de jales denominada a Los Cedros y el repentino desprendimiento de 16 megatoneladas de agua saturada con jales. El flujo de materiales se desplazó a lo largo de los arroyos Dos Estrellas y Tlalpujahua a una velocidad estimada de 20-25 metros por segundo. Después de avanzar 2.5 kilómetros río abajo, los materiales alcanzaron el interior de la parroquia El Carmen y las casas aledañas a una velocidad estimada de 7 metros por segundo, destruyendo muchos de los muros de las construcciones y cubriendo el piso de la parroquia con aproximadamente 2 metros de lodo y escombros. La historia es finalmente completada por doña Gloria, que revela que fue la ambición del hombre la que provocó la tragedia, pues “para dar otra repasada al lodo con restos de metal, a los mineros les fue ordenado echarlo a la presa, que una vez llena desbordó con la tormenta”.

da cuenta en una placa que el pueblo fue el lugar de mayor abundancia del preciado metal, cuyas primeras vetas fueron descubiertas por sus fundadores, en 1772. Me entero que el Teatro Juárez es uno de los 14 teatros centenarios que hay en el país y que, además de tener ambos estilos arquitectónicos, remata con elementos moriscos. La vieja estación es otro set de película que enchina la piel a los fanáticos de los ferrocarriles, como yo: Fue construida en tiempos del auge de las minas tal cual eran las estaciones inglesas de la época, para transportar el oro a través de un ramal que conectaba con la vía México-Acámbaro.

Es un mito que Tlalpujahua, el pueblo vecino que está en alto, apenas a ocho kilómetros de distancia, casi desaparece. En realidad lo que desapareció, como ya se ha dicho, fue una extensión de la pequeña ciudad, construida por los empresarios mineros mucho después que los españoles se establecieron allí tras la conquista del pueblo tarasco, en 1522, cuando se crearon las encomiendas por el emperador Carlos V. a mineros peninsulares. Se sabe que los pobladores originarios ya explotaban en la zona el oro y la plata... y los

En el área han quedado los restos semienterrados de la capilla de El Carmen, de los que sobre sale su torre, que se puede visitar. El templo del siglo 16, construido por los franciscanos en lo más alto de Tlalpujahua, fue originalmente llamado “de San Pablo y San Pedro”. Fue sustituido en el siglo 18 por una iglesia mucho más grande, que cambió su nombre con la llegada allí de la imagen de El Carmen, que en un muro de su vieja capilla sobrevivió a la



Iglesia.



Vendedora de huitlacoche

avalancha de 1937; fue trasladada con grúas hasta lo alto y colocada allí, en el altar mayor.

La cuarta historia de Tlalpujahua es la que lo convirtió en el mayor productor de esferas navideñas de vidrio soplado del país, junto con Chignahuapan, en Puebla. Joaquín Muñoz Orta nació en Tlalpujahua pero emigró a los Estados Unidos, después de la tragedia del 37 y el cierre de la Mina Dos Estrellas, pues literalmente el pueblo se despobló para ser habitado por los fantasmas. A finales de la década de 1950 regresó de Chicago, ya casado con María Elena Ruiz que, según rescata una publicación de CNN, le preguntó cómo se ganarían la vida: *A lo que Muñoz respondió –sin titubear–: “esferas de Navidad”.*



Cantina en El Oro

La técnica del vidrio soplado la aprendió de un pariente que se dedicaba a la elaboración de ampollitas de vidrio para medicinas con el uso de nitrato de plata. “Así comenzó –pone la nota– la historia no solo de una familia, sino de un pueblo, de miles de artesanos y de la industria de esferas y adornos navideños en todo México”, pues, según esto, fue don Joaquín el que enseñó la técnica a los artesanos de otros estados, Puebla incluido.

Asombra leer que son 10 mil personas de Tlalpujahua las dedicadas a un negocio que casi nada tiene que ver con los tarascos ni con los españoles o los mineros ingleses y franceses. Desde septiembre y hasta fin año, se calcula que llegan a gozar de la “villa navideña”, que construyó la propia familia en la parte trasera de su tienda, La casa de Santa Claus, unas 400 mil personas. Pienso que, como no se puede todo en esta vida, esa alegría navideña reemplaza a la paz de las montañas que tanto disfruto ahora mismo: pino, ocote, encino, oyamel, tepozán, sauce llorón, roble, trueno, cedro, fresno, aile, eucalipto, casuarinas...

Y vuelvo a imaginar bajo los portales de Tlalpujahua a los viejos pobladores frente a las mismas montañas –tan cerca de la Sierra Chincua, uno de los santuarios de la mariposa monarca– y cómo es que fueron heredando toda esa tradición oral, distorsionada por la pasión y el orgullo de haber nacido allí. Los franciscanos adoptaban niños pobres a los que daban apellido, educación y sustento. De entre ellos surgieron los miembros de la familia Piñón, que prosperaron como comerciantes. Con uno de sus descendientes casó Gloria Martínez, cuyo hotel Plaza Mayor es una construcción protegida por el INAH, que data de finales del siglo 18. Allí la encuentran a ella, que está para contarlo.



Vieja estación del tren, El Oro.



Foto antigua del edificio que hoy alberga el Palacio Municipal, en El Oro.

La narración es cosa de familia

El 3 de agosto pasado murió a los 87 años de edad José Agustín Ortiz Pinchetti, abogado, escritor, periodista y activista político. Como homenaje, Esteban Ortiz Castañares escribió el siguiente texto acerca de la vocación de su padre como narrador.

En recuerdo de mi padre

Por Esteban Ortiz Castañares

La cultura de escribir y narrar se dio en mi familia desde tiempos inmemorables. Mi padre guardaba textos escritos en 1867 de mis antepasados que narraban las aventuras que pasaron al viajar desde Guaymas a Ballenstadt am Anhalt, en Alemania.

Dos jóvenes hermanos, Vicente y Carlos Ortiz, partieron al viejo continente para estudiar ingeniería minera. Debido al conflicto que existía a causa de la intervención Francesa (en México), era muy peligroso viajar desde Chihuahua, donde vivían, hasta el golfo de México, por lo que decidieron hacer el viaje desde el pacífico, recorriendo toda América hasta la tierra del Fuego (en esa época no existía el canal de Panamá) y cruzando el Cabo de Hornos (en la Patagonia, muy cerca de la Antártida) llegaron al Atlántico, donde navegaron durante semanas hasta llegar al Mar del Norte, al puerto de Bremen en Alemania y de ahí a la ciudad de Ballenstadt, en transporte terrestre.

Según el escrito pasaron hambre y estuvieron a punto de padecer un amotinaje. Y todo esto lo conocemos gracias a las narraciones preservadas en su bitácora de viaje.

Mi abuelo llevó la narración a una forma de vida, convirtiéndose en cronista taurino; escribía cada domingo los pormenores y detalles de las corridas de toros, uno de los atractivos más importantes de la época, algo como el fútbol de ahora.

Sus narraciones eran vivas, ya que hablaba por la radio, y después escritas cuando las publicaba en el periódico *Excelsior* y en otros medios, como el dominical *Claridades*. En su madurez fue el jefe de redacción de *Jueves de Excelsior*, encargado no solo de revisar los textos y dar estructura a la revista, sino de escribir cientos de artículos que consideraba podían ser de interés para sus lectores.





José Ortiz y Ortiz, al centro del burladero, con personajes de la bohemia taurina. Entre otros están Cantinflas y Agustín Lara.



Los antiguos viajes en barco.

Probablemente el orgullo que generaba en su familia oírlo en la radio y el verlo largas horas trabajando en su máquina Olivetti, generaron un interés y vocación que decidieron seguir dos de sus hijos. Mi padre --el mayor-- José Agustín Ortiz Pinchetti y su hermano pequeño Francisco.

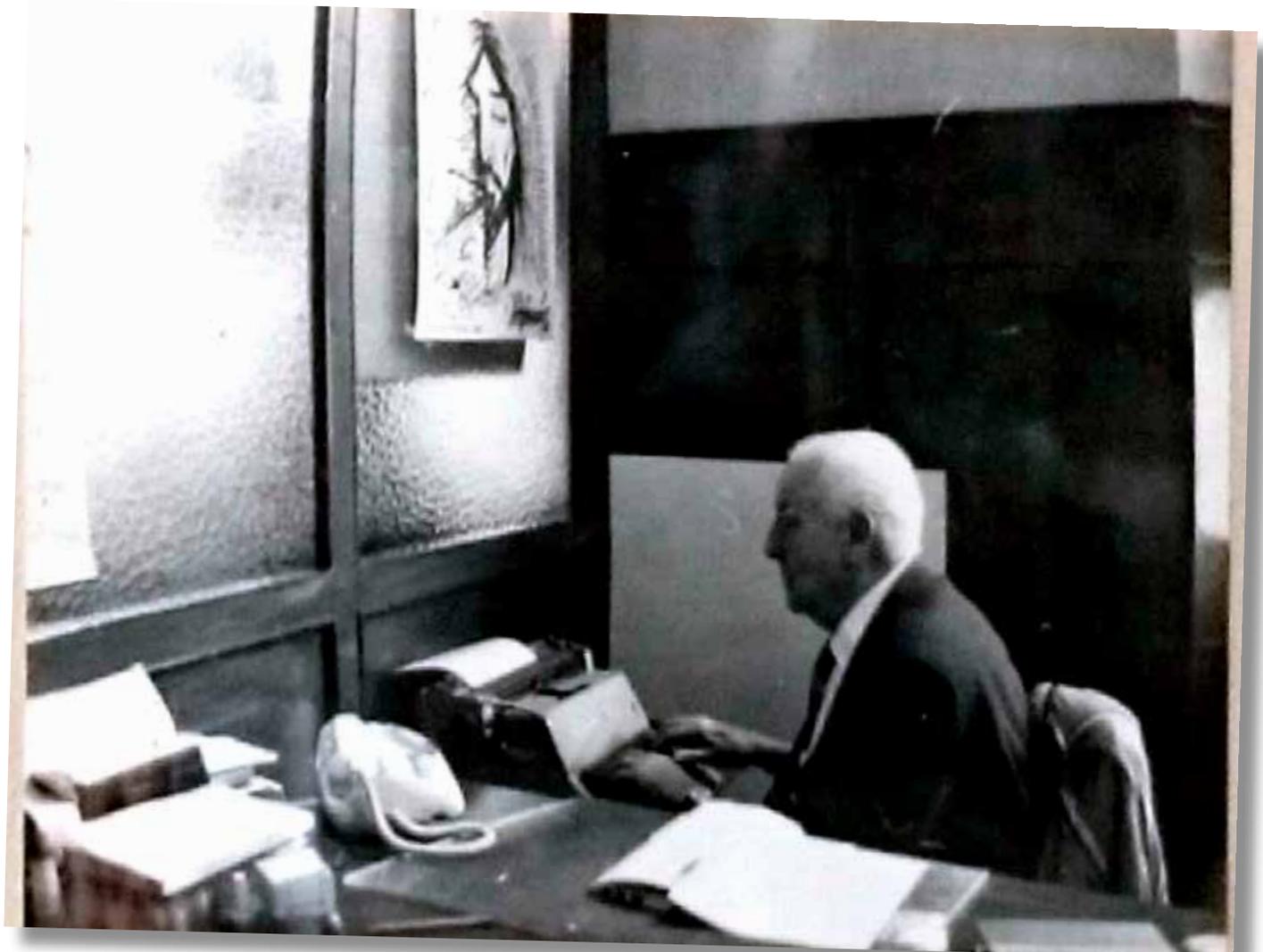
“Las narraciones escritas de antepasados que no conocí y de todas las que a través de viva voz mi padre me transmitió, se convirtieron en referencias y ejemplos de vida a seguir que me ayudaron a aventurarme a hacer cosas nuevas, a experimentar, a atreverme”.

Mi tío se volvió reportero y trabajó en distintos medios periodísticos. Con una gran capacidad de análisis y síntesis es un testigo y cronista de la historia moderna de México. En cada uno de sus artículos y libros, ha narrado muchos de los hitos históricos que han dado forma al México actual, siempre de manera muy amena, crítica e independiente.

Mi padre tenía un talento natural para narrar. Era claro que generaba gran interés de su auditorio e inspiraba.

A los ocho años participaba como orador en las misas celebradas para los grandes eventos familiares. Fue famoso el sermón de cierre que dio, en la boda de su tío Enrico, que causó tal sorpresa entre los asistentes, que algunos de ellos lo querían contratar para que diera presentaciones en eventos especiales. Cosa que mis abuelos no aceptaron.

Motivado a escribir por su abuela y por su padre, a los 12 años de edad creó una novela: *Las Aventuras de Pepe Blanco*; un refrito de los relatos de Tom Sawyer y Huckleberry Finn,



José Ortiz y Ortiz, relator y periodista. Padre de Francisco y José Agustín.



José Agustín y Beatriz, al centro, padres de Esteban.

“Al caminar por los andadores del techo, descubrir los baluartes y almenas de defensa ocultos nos imaginábamos cómo una minoría española había creado toda esa infraestructura por el temor siempre presente a una rebelión indígena. Nos sentíamos descubridores de un pasado oculto, parte de una gran aventura”.

de Mark Twain. Su personaje tenía un sinnúmero de aventuras en la Selva Lacandona, incluso tuvo que enfrentarse a un león (para explicar su existencia en la selva mexicana, la historia consideró que se había escapado de un circo). Nunca publicó su obra prima, pero maravilló a toda su familia extensa cuando se las leía en voz alta.

En su juventud creó almanaques privados donde escribía el devenir del país, los hechos que consideraba más importantes; pensamientos, reflexiones, relatos de los numerosos viajes que hizo a lo largo del territorio mexicano, y los acontecimientos más importantes de su vida. Los escritos siempre los adornaba con ilustraciones que recortaba, dibujos propios o gráficas que hacían más vívida e interesante la información

Quería ser escritor pero el riesgo a la pobreza lo impulsó a seguir una carrera de abogacía que desarrollo con éxito y que fue finalmente la plataforma de su libertad e independencia en todas sus actividades políticas.

Sus narraciones las llevo también a la parte pública. En 1960 inició sus trabajos como escritor de política y economía en el periódico *Excelsior* y posteriormente en *Uno mas uno* y *El Financiero*. Desde 1991 hasta una semana antes de su muerte, tuvo una columna en *La Jornada*, cuyo título cambió conforme a los cambios políticos del país (*El Equilibrista*, *El Despertar*, *Despertar en la cuarta república*).

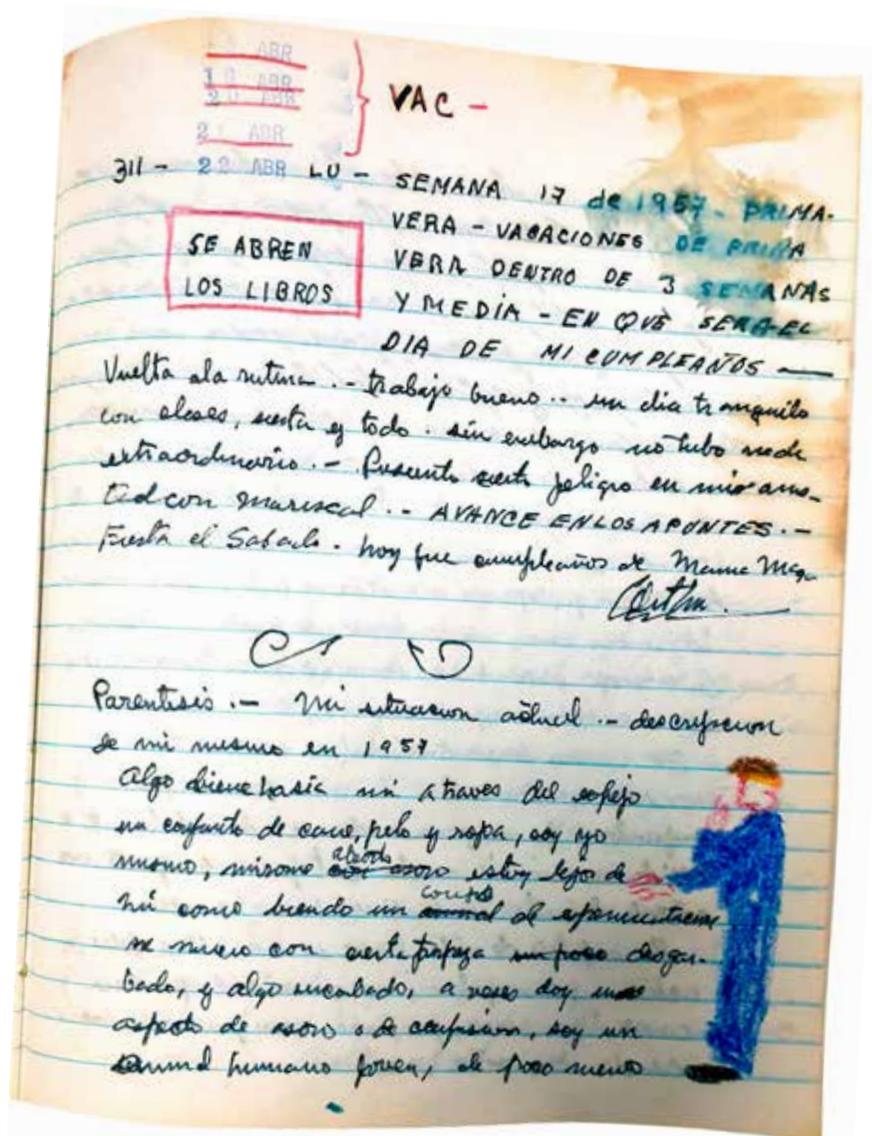
Todas las narraciones que hizo cubrían temas políticos, económicos y culturales. Siempre como artículos de investigación y análisis, donde mezclaba los hechos con sus reflexiones sobre el impacto que tendrían en el país.

Pero además, en los años setenta escribió sobre viajes en la revista *Proceso*, recomendando paseos de fin de semana a pueblos en las cercanías a la ciudad de México. Para poder escribir sobre esos temas, nuestra familia y amigos visitábamos distintos lugares en los alrededores del altiplano.

En estas excursiones trataba siempre de descubrir a la gente y los elementos de trasfondo, que generaban aquellas historias, narraciones; que daban significado e interés a las cosas.

Recuerdo que llegábamos a pueblos deschistados y hasta feos, que al vincularlos en sus narraciones con hechos históricos, políticos o culturales, adquirían un significado especial transformándose en lugares fascinantes.

En Cuautinchán, por dar un ejemplo, en el exconvento de San Juan Bautista, nos llevó a los pasos de ronda. En la visita, con sus narraciones, en un instante un monasterio tradicional de Puebla se convertía en una fortaleza oculta. Al caminar por los andadores del techo, descubrir los baluartes y almenas de defensa ocultos nos imaginábamos cómo una minoría española había creado toda esa infraestructura por el temor siempre presente a una rebelión indígena. Nos sentíamos descubridores de un pasado oculto, parte de una gran aventura.



21 años de ser el medio de tu comunidad



Teléfono: **55-5488-4131**

Correo electrónico: **libreenelsur@gmail.com**

Twitter: **@Libreenelsur**

Youtube: **libre en el Sur Televisión**

TikTok: **@libreenelsur.official**

Instagram: **libreenelsur_oficial**

Facebook: **Periódico Libre en el Sur**



#sieslomismolibre

In·situ
Diseño y ciencia

Servicios especializados
Diseño Gráfico
para ciencia y tecnología

Con más de 20 años en la industria editorial y trabajando para instituciones públicas y privadas relacionadas con la ciencia y la tecnología, ponemos a su disposición un equipo de diseñadores multimedia, así como redactores especializados en esta área.

- Revista Científica
- Infografías
- Multimedia para redes sociales
- Diseño de gacetas
- Banners y flyers

www.insitugraphics.com

 553435-2193



RECUPERA TU CABELLO Y TU AUTOESTIMA

MICROINJERTO
\$44,000
CON HASTA 12 MSI

MÍNIMO 4000 FOLÍCULOS
INCLUYE CITAS DE SEGUIMIENTO Y KIT POST PROCEDIMIENTO

DESCUENTO ESPECIAL
POR PAGO EN EFECTIVO

METAMEDIC

Luz Saviñón 13-701,
Col. del Valle Nte,
Benito Juárez, 03100
Ciudad de México,
CDMX
+52 55 2922 5491

“Nos hemos convertido en el personaje principal y también el narrador de ese capítulo de la existencia propia o ajena, pero que hemos hecho nuestra, arrogada sin contemplaciones para que no quede expuesta al olvido”.

Por Oswaldo Barrera

El Diccionario de la lengua española recoge tres acepciones para el vocablo *relato*. Opto por las dos primeras y me abstengo de emplear la última: “Reconstrucción discursiva de ciertos acontecimientos interpretados en favor de una ideología o de un movimiento político”, que de ideologías y politiquerías ya hemos tenido mucho en los últimos meses. Me gusta más la idea, simple y llana, del relato como una forma de “dar a conocer un hecho”, según el mismo diccionario en la entrada para el verbo *relatar*.

Así entonces, ¿qué queremos dar a conocer cuando elaboramos un relato? Por alguna razón consideramos importante participar a otros de algún acontecimiento del que hemos formado parte o del que hemos sido testigos, porque creemos que puede ser de interés para los demás, aunque no nos conozcan en persona ni compartan el mismo contexto con nosotros, ya sea espacial o temporal; de igual manera, a uno le puede resultar atractivo conocer las experiencias, con su dosis de humor o tragedia, que viven otras personas con las que ni siquiera hemos intercambiado una sola palabra. Somos extraños en un océano de posibilidades narrativas para compartir. Ésa es la magia del relato, ya que éste va dirigido a conocidos y desconocidos por igual, con quienes, por medio de la narración de sucesos y la transmisión de ideas y conocimientos, establecemos un vínculo invisible pero perdurable.

Al relatar, de pronto somos más que los protagonistas o testigos de los acontecimientos, queremos ser también los cronistas de lo sucedido, para explicar, desde nuestra muy peculiar perspectiva, por qué tal o cual hecho merece quedar registrado en palabras por quien, como se dice, tiene los pelos de la burra en la mano, y entonces podemos afirmar que algo “así sucedió”. No interpretamos, no adivinamos ni sugerimos, sino que exponemos tal cual lo que nuestra mente registró de un



Foto: Francisco Ortiz Pardo
Oswaldo Barrera en el castillo de Coca, Segovia.

Dos años de relatos juarenses

momento determinado y que, según la forma de ver y medir las cosas de cada quien, puede haber representado un parteaguas en la vida misma del o de los involucrados.

Nos hemos convertido en el personaje principal y también el narrador de ese capítulo de la existencia propia o ajena,

pero que hemos hecho nuestra, arrogada sin contemplaciones para que no quede expuesta al olvido. Lo ocurrido fue así porque, cual decreto, lo vivimos y no tenemos reparo en mostrarlo. Es nuestra verdad, relativa pero de absoluta certeza para nosotros. Ésta es importante porque así lo hemos considerado y nuestra palabra vale, si no para que los

extraños nos lean y crean lo que hemos relatado, sí para uno mismo, porque sólo faltaría que ni en nuestra palabra pudiéramos confiar, ¡qué absurdo!

Además, admitámoslo, a la mayoría nos gusta compartir con los demás aquello que nos pasa cuando el día a día nos obliga a formar parte, lo queramos o no, de aquello que se nos pone enfrente, ya sea la dificultad de pararnos temprano por la mañana después de una noche agitada o la satisfacción de llevar a cabo una actividad placentera que planeamos con antelación, o la sorpresa y el miedo súbito luego de ver que alguien estuvo a punto de ser atropellado por cruzar la calle de forma imprudente; todo puede ser un motivo válido para guardar en la memoria lo atestiguado y las emociones que nos hizo sentir, para después, en un ejercicio de participación voluntaria (por parte del oyente o lector), presentar toda una historia, de épicas proporciones incluso, con la intención de atrapar el interés de nuestros interlocutores.

Luego de este amplio preámbulo, ahora sí procedo a relatar cómo es que he llegado a estas reflexiones en las páginas de *Libre en el Sur*.

Son dos años ya de contribuir mensualmente con alguna disertación, diatriba o descripción de aquello que he tenido la fortuna de contemplar o advertir sobre los más variados temas, y que me ha llevado a dejarlos plasmados en líneas y párrafos. Gracias a la amable invitación de mi querido Paco Ortiz Pardo a colaborar en esta publicación, luego de un optimista texto en tiempos pandémicos y de una exhortación a la mágica realeza a finales de 2021, he tenido la oportunidad de hablar de mi fascinación por la luz otoñal o de describir los estilos y la historia de siete iglesias representativas de la Benito Juárez. Entre lo más satisfactorio que he escrito, me permití rememorar uno de los veranos más significativos de mi vida, cuando fui alfabetizador, a los 17 años, en una comunidad de Puebla, y también tuve la oportunidad de recordar gratos momentos con mi padre apenas un mes antes de que falleciera a finales del año pasado, tras una larga despedida, así como recordar con agrado mis primeros pasos como residente de esta demarcación, luego de vivir aún más al sur en esta ciudad de lo que el título de esta revista presume.

Así que, en una conmemoración más por la independencia de México, con 250 números de esta revista y dos años de colaboración continua en ella, mes con mes, celebro que pueda compartir con quienes me quieran leer la oportunidad de ser el narrador de mi propio camino.

SALDOS Y NOVEDADES



Tarde romántica en el parque Tlacoquemécatl.

Prójimos

La proximidad nos afecta, querámoslo o no, más que lo lejano, aun cuando la globalización y sobre todo la tecnología hayan acercado lo lejano o al menos así nos lo han hecho creer.

Por Gerardo Galarza

El escritor no es un experto en etimologías pero, cosas de viejos, cursó en la Preparatoria una materia sobre las griegas y las latinas, antecedentes de la mayoría de las palabras del idioma español. Por eso sabe que proximidad proviene del latín “proximītas”, y comprende que implica cercanía, vecindad, similitud, semejanza, es decir, el prójimo.

Los clásicos de la “teoría” del oficio del periodismo -del que el escritor tampoco es gran experto, pero que sí ha ejercido más de 50 años- establecieron que uno de los factores que determinan el valor de una noticia es, precisamente, la proximidad:

“Interesa más al lector un acontecimiento secundario que haya ocurrido cerca que otro más importante que haya ocurrido en un lugar lejano. James Gordon Bennet, hijo, cuando empezó a publicar su edición parisiense de *The Herald* inculcó a sus reporteros ese principio en el epigrama: “Un perro muerto en la Calle del Louvre (la del periódico) tiene más interés que una inundación en China”, según F. Fraser Bond, en su

clásico y quizás ya inconseguible *Introducción al periodismo*.

En México, en la redacciones de los periódicos del entonces Distrito Federal, “ese epigrama” era mucho más violento sobre todo para estas épocas de corrección política; la “proximidad” se convirtió en una especie de “tipo de cambio” cuando las noticias trataban precisamente del prójimo. Entonces, acá “cinco o seis mineros muertos en una mina en un estado del norte de México o cinco o seis personas muertas en un huracán en el sureste” noticiosamente valen más que 100 o 110 muertos en una mina de un país africano o 100 o 200 muertos en un terremoto en un país asiático. (Claro que los “teóricos” del periodismo nacional pronunciaban con todas sus letras y sílabas los patronímicos de los estados y de los países donde ocurría la noticia; hacerlo hoy significaría hasta una denuncia por discriminación o, cuando menos, acoso étnico).

Se decía que la muerte o el triunfo o la derrota o cualquier otro hecho noticioso de un -por ejemplo, para que el escritor quepa en los dos extremos y nadie se queje- de cinco o seis guajuatenses apenas eran equivalentes a lo

ocurrido a un solo chilango. En Guajuato, por supuesto, el “tipo de cambio” era el revés...

Sea como fuere, la proximidad nos afecta, querámoslo o no, más que lo lejano, aun cuando la globalización y sobre todo la tecnología hayan acercado lo lejano o al menos así nos lo han hecho creer. Sin embargo, no está en duda que la falta de agua potable en alguna colonia, barrio o calle de la alcaldía Benito Juárez poco importará a los habitantes de otras alcaldías, de la ciudad, del país, vamos mucho menos a los residentes en Kiev o en Barcelona, vamos quizás ni a los habitantes de otros barrios, colonias o calles de la misma alcaldía... porque no les afecta o, en otros casos, no lo gozan o disfrutan, aunque para los afectados sea el peor de los problemas del día o la semana.

Eso lo sabían los viejos teóricos del oficio periodístico y por ello especificaron que la proximidad es un factor de valor noticioso. Y lo sigue siendo, pese a todo.

La “modernidad” también influyó en las definiciones del periodismo. Antes, la inmensa mayoría de todos los periódicos, en todos los países, eran para la comunidad de sus ciudades, grandes o pequeñas (*The New York Times* fue concebido por un diario para los neoyorkinos, por ejemplo). Luego, los periódicos comenzaron a dividirse en “nacionales” (en México, sobre todo) y “regionales” o “locales”. Y con los avances, la pretensión los llevó a llamarse *El País* o *El Mundo*.

Los tiempos modernos, la tecnología, los “planes de negocios”, los “públicos

targets” (¿así se escribe? Bueno, un mal día un editor de un periódico le informó al escritor que el “dead line” era a las 11 de la noche; ¡carajo!, antes se le llamaba simplemente el “cierre” de la edición, y entonces me dije: ¡qué avanzados!), obligaron a definir las clasificaciones de los periódicos y por ahí aparecieron los “periódicos de la proximidad”, que antes se llamaban vecinales, comunitarios, del barrio, de la colonia, del municipio, pero esencialmente siguen siendo los mismos.

Este septiembre, *Libre en el Sur* cumple 250 meses de existencia. Nada más.

Hacer un periódico, del tipo que sea, no es cosa fácil. Conseguir información y reproducirla en un periódico es un proceso muy difícil, pese a la tecnología, y económicamente muy costoso y que más allá de eso tiene que llegar a sus lectores; sin ellos está perdido. Por esas circunstancias es que muchos periódicos desaparecen. Producirlos, hacerlos es una tarea, para decirlo con reminiscencias griegas como las etimologías, hercúlea y en ocasiones digna de Sísifo.

Libre en el Sur se debe a los esfuerzos de los Pacos Ortiz Pinchetti y Ortiz Pardo y del equipo que los acompaña, entre los que orgullosamente se encuentra este escritor, luego de haber compartido con los dos el oficio periodístico en periódicos y medios con alcance nacional e internacional, algunos de ellos insignias (¿emblemáticos se hace ahora?) en su momento y hoy leyendas.

Por eso, ¡felicidades! para los lectores de *Libre en el Sur*, para sus hacedores y para mis compañeros colaboradores, mis prójimos. ¡Salud!

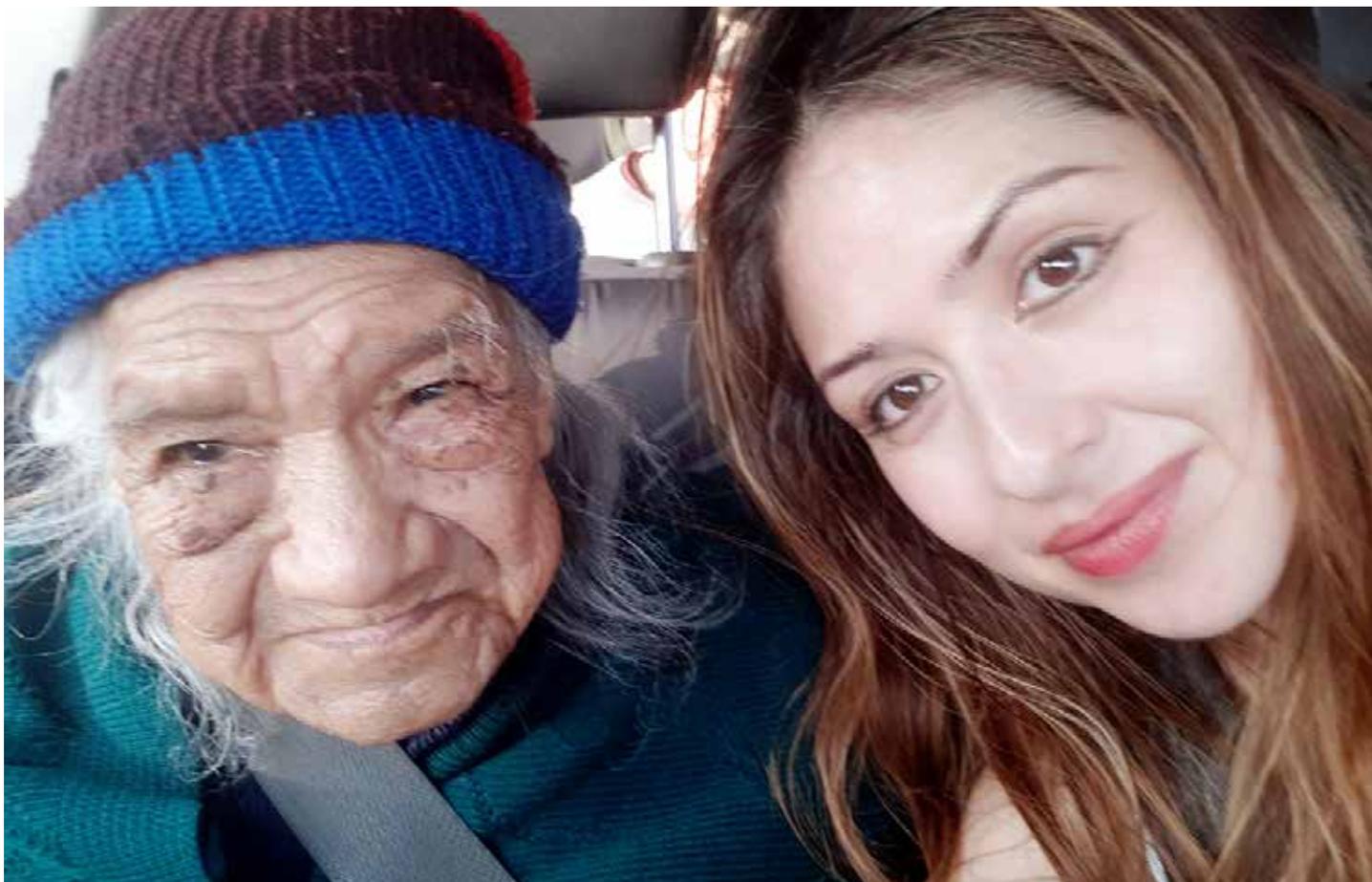
“Las palabras que se comunicaban mientras preparaban el mole, las tortillas, el atole, abrazadas por el calor de la leña y el sentimiento de abuela, madre e hija, habían sido más relevantes que un trozo de papel”.

Por Melissa García Meraz

Mi abuela solía describir la historia de su vida. No era una ávida lectora; las bibliotecas y los libros, las habitaciones de grandes casas dedicadas a conservar los clásicos, no eran algo que apareciera en su experiencia personal. Apenas tenía al alcance un tomo de la Biblia y alguna que otra revista. Sin embargo, ella relataba su vida con absoluta pasión. Al escucharla, uno quedaba anonadado con aquellas historias, sin héroes ni villanos, solo con la descripción de vidas atrapadas en el México posrevolucionario. Un México que no había dado tierra y libertad para todos, sino que, para muchos, se había convertido en una expulsión de sus comunidades indígenas y campesinas hacia las ciudades, donde todo se había vuelto nuevo y escandaloso para un grupo de mujeres, hombres y niños que llegaron a la Ciudad de México expulsados de sus tierras.

Tampoco escribió nunca esos relatos. Si la lectura le era extraña, la escritura lo era aún más. A veces la escuchaba murmurar algunas cosas mientras estaba frente a la estufa, calentando y tostando los ingredientes del mole. Los sabía de memoria; habían pasado de su abuela a su madre y luego a ella, de boca en boca. Estos relatos, transmitidos de generación en generación, no solo eran recetas de cocina, sino historias vivas que integraban la narrativa cultural e histórica de nuestras raíces. Las palabras que se comunicaban mientras preparaban el mole, las tortillas, el atole, abrazadas por el calor de la leña y el sentimiento de abuela, madre e hija, habían sido más relevantes que un trozo de papel. ¿Podría culpársele? De profundas raíces indígenas, y sospecho afrodescendientes, a mi abuela le habían quitado, como a todas nuestras comunidades, sus bibliotecas, sus saberes antiguos plasmados en códices. Cabe recordar que los españoles, al invadir, saquear y masacrar a los originarios de nuestras tierras,

Raíces del Relato



solo dejaron sin quemar un puñado de 15 códices que se conservan en su mayoría fuera del país, en Reino Unido y hasta en el Vaticano. Lo que les quedaba y a lo que se aferraron fue a la historia oral.

Las narraciones de la propia vida, transformadas en lo que hoy llamamos historia de vida, son fundamentales para la construcción de la persona. Estas, digamos, biografías personales surgen de la idea de que no solo las vidas de personas consideradas “importantes” para una época son relevantes de escuchar y estudiar. En la misma línea, Freud, al analizar las biografías de sus pacientes, descubrió que revelaban situaciones profundas sobre su personalidad. Lo narrado, para él, conectaba con otras historias, creando no solo una conexión cultural sino también una especie de meta relato o meta historia que podía describir una época común.

¿Por qué narramos? ¿Por qué es importante expresarnos? Spence argumenta que fue Freud quien nos hizo conscientes del poder persuasivo de una narrativa coherente. Parece indiscutible que una historia bien construida posee un tipo de verdad narrativa que es real e inmediata, como un relato o una novela que leemos y que, de forma coherente, nos lleva al lugar que el autor describe. Schafer destaca

que es importante enfatizar que la narrativa no es una alternativa a la verdad o la realidad; más bien, es el modo en que, de manera inevitable, la verdad y la realidad se manifiestan. Todos tenemos versiones de la verdad y lo real.

La narrativa juega un papel crucial en casi toda la actividad humana. Las narrativas dominan el discurso humano y son fundamentales en el proceso cultural que organiza y estructura la acción y la experiencia humana. No solo la describen sino que son performativas; proporcionan un marco para la acción y ofrecen una respuesta pragmática y persuasiva para enfrentar la acción y el comportamiento humano.

Así fue también para el movimiento feminista en Estados Unidos, que jugó un papel crucial en reivindicar y destacar las historias de vida y los relatos personales como herramientas fundamentales para el cambio social y la toma de conciencia. Desde los años 60 y 70, las feministas comenzaron a enfatizar la importancia de las experiencias personales, sosteniendo que “lo personal es político”. Este lema refleja la idea de que las experiencias individuales de opresión, desigualdad y discriminación no son meramente privadas o aisladas, sino que forman parte de estructuras

más amplias de poder y dominación patriarcal.

Las autobiografías y las memorias han jugado un papel fundamental en narrar lo vivido. Algunas de ellas solo se conservan en la memoria individual. Por ello, cuando recuerdo a mi abuela, recuerdo su vida, su narrativa. Cuando recordaba su pueblo, recordaba como solía salir a dar un paseo por las tardes, con un palo en la mano, solo por si algo pasaba, por si había que defenderse, mientras recorría una parte de la falda del cerro. Buscaba el árbol con la mejor sombra, sospecho que tenía su favorito, se recargaba y mientras recordaba me platicaba: “estaba ahí, esperando a que cayera el sol, mientras sentía el viento sobre mi cara, a veces muy frío, a veces menos pero siempre refrescante. El viento movía las ramas del árbol y parecía que cantaba” y sus ojos brillaban con mucha intensidad, sus grandes ojos negros con un aro gris que remarcaban los casi cien años de mirar al mundo. Nunca la vi en ese pueblo, en ese árbol, pero hasta el día de hoy la recuerdo. La recuerdo con su rostro mirando hacia el horizonte, con sus canas moviéndose al vaivén del viento, escuchando el canto de las aves al atardecer y el follaje de ese árbol contándole una canción hasta la eternidad.

Posdata. Debo confesarte que extraño mucho a mi abuela.

Mariana Leñero

Cada quien tiene formas distintas de transitar por el duelo. A veces es necesario tragárselo de una bocanada, ¡glup!, o de a poquito, en pedacitos, cagados de miedo, inocentes como niños, valientes como atletas o enojados como tormenta. Uno lo traga a la fuerza: con desesperación, con enojo, con dolor, vencidos o sin darnos cuenta.

¡Glup!, la incomodidad de la ausencia pasa por el esófago, silenciosa y espesa. Aprieta los pulmones, apachurra el corazón cansado. Hacia arriba: un trayecto muy largo, hacia abajo, intenta resguardarse. En cualquier órgano: en el hígado, en el páncreas, en el estómago. Quizás en un brazo, en la planta del pie, en un ojo.

Mi duelo se acomodó en mis manos. Decidió meterse ahí para convertirse en algo, o en nada, estorbando menos o estorbando más, quién sabe.

Mi padre era escritor y periodista; escribía de todo: cuentos, novelas, guiones, reportajes, obras de teatro.... Yo nací escuchando el "taca, taca" de su máquina Olivetti retumbando por las paredes de la casa. Incluso, cuando murió, pasaron varios meses en que lo seguíamos oyendo. "Nos está jugando una trastada", pensábamos, pero mi papa no hacía esa clase de bromas y entendimos que solo era el eco de su ausencia. Ese también había que tragárselo ¡glup!

Cuando éramos pequeñas le gustaba contarnos historias; nos sentábamos en el parque, en un café, en el cine, fuera de la iglesia, y señalaba: "¿Ves aquella viejita...?", y ahí comenzaba todo. Nos hacía reír, llorar, imaginar. Creíamos que era verdad la mentira de quien espíabamos. Al llegar a casa, se encerraba en su estudio, donde todo sucedía. "No lo molestes", era la orden. Yo sabía que el humo de su cigarro y el de sus ideas serían sus únicos compañeros y para mí, mis más próximos rivales.

Mi padre se obsesionaba con las palabras, las frases, las noticias, los chismes, las historias. Le gustaba leer, preguntar y escribir. Era como si cargara en la espalda un morral en el que iba guardando lo que leía, veía o recordaba, para luego subirse a su estudio a escribir.

"Tendría que haber una forma de acercarme a él", pensaba. En la primaria, escribí cuentos. Concurse varias veces y gané algunos premios. Recuerdo el estuche de colores *Prismacolor* gigante que Cristina Barros, la directora, me entregó orgullosa. Brillantes como el arcoíris. Cada color me invitaba a cons-

truir un puente que me permitía subir y gritar desde arriba: "Mira papi, sin manos". Pasaron los años y continué escribiendo. Tengo varios diarios, los de niña, los compartidos con amigas, los de joven, los que deben guardarse con llave, los que les escurren lágrimas y los que tejen sueños transformados en nubes que no volveré a leer y se irán conmigo. Escribí cartas a amigos y novios. Aquel amor de lejos, con el que me volví poeta, o al menos así lo sentía.

Cuando surgieron las redes sociales, transporté mis pensamientos en letras. Sostuve mis palabras en un mundo virtual de amigos y desconocidos, pero mi padre no estaba allí, ni siquiera tenía teléfono móvil. El "Mira papi, sin manos" era inútil.

Ya de adulta hice una maestría; aquella que, más que enseñarme lingüística, me enseñó lo hermoso de ser hija de mi padre. Él me acompañó esos años, corrigiendo con paciencia, precisión y con su plumón rojo lo que yo escribía. Hablábamos de cultura, gramática y lenguaje. Aprendí a escribir de verdad: la economía del lenguaje, frases cortas, la personalidad de la ortografía: los puntos aparte, los suspensivos, los puntos y coma... Mayúsculas, verbos, sustantivos, pronombres nos unían de tal manera que esperaba con ansia sus correcciones. Habíamos encontrado otro lugar en donde hablar con ese propósito. Aún me faltó aprender más, pero fue suficiente para continuar escribiendo.

Pasó el tiempo y mi padre enfermó. Me llené de miedo y dolor; las correccio-

Mira papi, sin manos

"Nos hemos convertido en el personaje principal y también el narrador de ese capítulo de la existencia propia o ajena, pero que hemos hecho nuestra, arrogada sin contemplaciones para que no quede expuesta al olvido".

nes en plumón rojo se volvían sangre y ahora había que curar y cuidar las frases. Me tocaba corregir el texto de nuestra nueva vida, o de la vida que se acababa. Lo acompañé en el hospital varias veces. Con plumón rojo apuntaba las instrucciones del doctor. En el hospital me tocaba distraerlo contándole historia de las personas de "afuera". Igual que como él lo hacía con la historia de la viejita que pasaban frente a nosotros cuando era pequeña.

"No te mueras", le pedía en silencio, aunque él ya no me escuchaba. La historia estaba escrita; el reportaje tenía que ser contado y la obra de teatro llegaría a su fin. Me tuve que tragar el dolor y las lágrimas. En esos momentos, yo traía el plumón rojo para escribir *esperanza* con mayúscula y puntos suspensivos. Pero murió. Se fue y no había ninguna palabra o frase que entendiera la

tristeza de su ausencia; ni su máquina, ni sus cartas, ni sus enseñanzas calmaban mi desazón. Intenté transitar por el duelo, tragármelo, ¡glup!, pero lo escupía. Había que escribirlo, había que traerlo aquí, a mis manos y en las líneas blancas del papel y de la pantalla.

Es así como invité a mi padre a acompañarme cuando escribo. No intento revivirlo a él sino a él en mí, en mis líneas. Pienso que me lee o imagino lo que me diría. En cada escrito busco ganarme de nuevo esos colores *Prismacolor*. Quiero que me transporten tan cerca del cielo para gritarle: "Mira papi, sin manos". Y que me abrace y me recuerde que todo está bien, que la vida es también lo que escribimos y recordamos. Que ahí, entre cada coma, entre cada punto y en las frases cortas, se encuentra cerca, confiado, fumando su cigarro, viéndome escribir y presente en mis historias.



Mariana y Vicente Leñero

Soltar la tecla de la memoria personal ha sido un regalo de vida que, en cada entrega mensual, me hace sentir culpable por todas las libretas de reportera que se volvieron irrelevantes frente a la tiranía de la coyuntura periodística que muere cada 24 horas.

Ivonne Melgar

Nada me preocupa más en la vida que confundir recuerdos con deseos incumplidos.

Y a estas alturas de la memoria, entre los estragos del COVID y el desgaste de ese repositorio de situaciones que alguna vez creí ser, me he tenido que llamar la atención por yuxtaponer años, personajes y ambientes.

Cuando involuntariamente he caído en esas revolturas, se reactiva en mí el pánico de perder la cordura interna que distingue lo sucedido de lo que nunca fue. Acaso por eso el verso de Joaquín Sabina de mi canción preferida, *Con la frente marchita*, que hace 18 años me conmovía, ahora me asusta: "No hay nostalgia peor... que añorar lo que nunca, jamás, sucedió..."

Habrà quién defienda la decisión de reconstruir su biografía dándose la licencia de incluir diálogos, encuentros y desencuentros nunca protagonizados, pero que se colaron en sueños y expectativas.

Porque de eso va la literatura que nos seduce y sacude. Y a eso dedican su talento los escritores de novelas y cuentos.

Y claro que eso también son los poemas, historias en las que coexisten heridas de lo que somos y de las ausencias que no fuimos.

Pero para una reportera aspirando a serlo desde hace más de cuatro décadas, la invención siempre termina siendo sinónimo de mentira.

Y he ahí que hoy entiendo la advertencia del maestro Marco Antonio Tenorio en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM a los alumnos de Periodismo y Ciencias de la Comunicación: una vez que estén metidos en la vorágine de la información, asumiendo su significado y contexto, quedarán eternamente presos de una permanente interpretación de lo que se pronuncia y lo que se calla.



Ivonne Melgar en CU.

Foto: Cecilia González

Músculo de relatora

Cuánta razón tenía ese ilustre profesor que ahora me permite darle a mi padre, el escritor Luis Melgar Brizuela, que en paz descansa con su elocuencia, una explicación a modo de disculpa —¿o es acaso una solicitud de perdón?— por haber abandonado la poesía en medio de miles de notas, entrevistas, crónicas y reportajes de prensa.

"Es triste, doctor, que el periodismo le haya robado a su hija poeta", le dijo uno de sus amigos como quien lamenta una pena profunda, un extravío.

Luis, sin embargo, no era una persona de amarguras ni lamentos públicos; y únicamente sonrió, encogió los hombros y siguió disfrutando su caballito de tequila.

Aquella tarde navideña, hace más de un decenio, me alivió pensar, saber, que al final de cuentas mis padres me habían regalado la libertad de elegir y que yo había decidido ser cronista.

Una relatora de sucesos verificables, de hechos probados, de dichos con registro, de confrontaciones reales, de saldos que tienen evidencias y de desastres que son tales a la luz de sus protagonistas y de cambios que además de ser pronunciados se confirman.

En esa apuesta, también en el privilegio de la opinión —en la columna Retrovisor que cada sábado publica-

mos en *Excelsior*—, pretendí que mis valoraciones fueran las de una testigo de los hechos.

Formada en una generación en la que paulatinamente se fueron fusionando la escuela dogmática de que un reportero nunca es la noticia y la que asume que la mirada, las creencias, los prejuicios y hasta las ilusiones del narrador cuentan, tomé agradecida el desafío de *Libre en el Sur* cuando nuestro queridísimo editor Francisco Ortiz Pardo me invitó a ser parte de sus relatores.

Soltar la tecla de la memoria personal ha sido un regalo de vida que, en cada entrega mensual, me hace sentir culpable por todas las libretas de reportera que se volvieron irrelevantes frente a la tiranía de la coyuntura periodística que muere cada 24 horas.

Y aunque el agotamiento y los textos pendientes se acumulen en la agenda, me impongo el gozo de hilvanar el relato con la única condición —autoimpuesta— de ceñirme al tema del mes, acaso por una deformación propia de una reportera diarista acostumbrada a conjugar la orden de trabajo que dicta la mesa de redacción con el libre albedrío de ir pepenando historias que consideramos significativas y por tanto noticiosas.

Entrenar el músculo de relatora en estas páginas ha sido además una oportu-

nidad para dimensionar el peso del registro de lo que hemos atestiguado, en tiempos en que, a nivel global, los gobernantes pretenden confundir periodismo con publicidad, propaganda, discursos políticos y bitácoras de loas e improperios.

Es cierto que la conversación mediática se alimenta hoy de breves videos que se viralizan en Tick Tock y otras redes sociales y que deambulan en WhatsApp.

Pero aún ahí el referente citable de los hechos sigue resguardado en los espacios periodísticos. De ahí la pertinencia de que los responsables de un oficio que hoy creen disputar youtubers e influencers nos hagamos cargo del relato personal, sí, pero inescapablemente inscrito desde el pedazo de la vida pública de la que hemos sido cronistas.

Hoy que las post verdades nos gobiernan con éxito, transformando a sus artífices en cuenteros de *best seller*, relatar nuestras vidas sin más ambición que el resguardo de la memoria es una necesidad y un deber que afortunadamente aquí nos toca cumplir.

Gracias *Libre en el Sur*. Gracias, Francisco Ortiz Pinchetti. Gracias Paco Ortiz Pardo. Y que sigan los relatos.

¡Cuéntamelo otra vez!



Foto: Archivo de Excélsior

Leticia Robles, al centro, en conferencia de prensa del titular de la SEP, en 1994.

Por Leticia Robles de la Rosa

Tenía siete años la primera vez que me sentí convencida del futuro que deseaba. Mi madre compró en abonos una enciclopedia del mundo marino y recuerdo que desde el primer momento que vi las imágenes y comencé a leer sobre ese fascinante mundo, me dije: seré una profesionista y estudiaré el mar.

Y coincidió con mi descubrimiento de los documentales de Jaques Cousteau, el primer estudioso de los mares que se hizo famoso a nivel mundial con la forma en que mostró a millones de personas la vida debajo del mar. Entonces escuché por primera vez el nombre de la profesión a la que me quería dedicar: oceanografía. Sí, era muy niña, pero desde entonces me gustaba adentrarme en las cosas que me interesaban y cuando le comenté a mi maestra de segundo año de primaria que quería ser oceanógrafa, me dijo: "es mejor la biología marina".

Entonces estaba decidido. De grande iba a ser oceanógrafa o bióloga marina. Esa maestra me informó que esas carreras necesitaban de muchos conocimientos y yo debía estudiar mucho.

Impulsada por esa ilusión, me convertí en una estudiante muy dedicada. El

No es un cuento, porque no se trata de ficción, sino de compartir memoria desde la trinchera personal. No es periodismo, porque es demasiado subjetivo. Es cercano a la literatura, pero no es ni fantasía ni metáfora.

promedio de calificación en primaria y secundaria fue cercano al 10, porque fui dedicada, pero no matada. El objetivo estaba trazado y yo me esforcé por comenzar a alcanzarlo. Entré a la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM y mantuve mi disciplina de ser una buena estudiante.

Llegó el momento de definir el área de conocimiento en el que iba a cursar el último año de preparatoria y entonces la UNAM tenía un sistema de orientación vocacional que incluía tres semanas de pláticas con diferentes profesionistas para que pudiéramos plantear inquietudes. Ya se imaginarán que fui la primera en anotarme en las charlas con los profesionales de las ciencias del mar.

Cada palabra que decían los jóvenes profesionistas reafirmaba mi anhelo, hasta que uno de ellos contestó mi pregunta de cuáles eran los principales retos al estudiar las carreras de las ciencias del mar. El dinero. La beca no alcanza ni para comer. Se necesita que

tu familia te apoye mucho con dinero, porque hay que vivir cerca del mar. Los libros están en francés o en inglés y son costosos.

Entonces yo sentí que el suelo se abrió a mis pies. Imposible seguir ese camino. Mi madre me había pedido que yo fuera secretaria ejecutiva bilingüe, porque sólo eran tres años y ya podría entrar a trabajar para ayudar económicamente en casa. Yo la convencí que era mejor ir a la UNAM, porque así sería profesionista y ganaría más. Y resultó que ya no iba a ser profesionista. Una tragedia para mis 17 años de edad.

Me sentí como en un laberinto. Pero como vencía el plazo para definir el área de estudio y yo no sabía qué iba a ser, toqué la puerta de la orientadora vocaciones y le conté mi tragedia. "No sé qué hacer", le dije y ella me tomó de las manos y me tranquilizó, para después bombardearme con preguntas.

-- Cuando estás triste como ahora, ¿qué haces para distraerte?

-- Conjugo verbos y escribo cuentos que se me ocurren.

-- ¿Te gusta la música?

-- Amo a Joan Manuel Serrat.

-- ¿Y los deportes?

-- Amo a los Dallas Cowboys. Me hubiera gustado ser hombre para poder jugar fútbol americano profesional.

-- ¿Sabías que hay una profesión en la que puedes escribir mucho, conocer a Serrat y asistir a un Super Bowl donde estén los Vaqueros y te pagan por ello? Se llama periodismo.

Y entonces mi vida cambió su rumbo.

El próximo mes de octubre cumpliré 37 años como periodista, egresada de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM; por cierto, con el segundo mejor promedio de mi carrera.

Cada vez que cuento mi historia la gente se entusiasma. Es más, hay quien me pide volver a contarla, para que la escuchen más y más personas.

El periodismo se convirtió en el principio y fin de mi vida. Llena cada hora de mi vida. Corre por mis venas. Y jamás me alcanzará la vida para agradecer a esa joven orientadora vocacional que me rescató del laberinto.

He podido hacer entrevistas, cientos; reportajes, cientos; crónicas, cientos. Consignar hechos históricos como las protestas estudiantiles o los cambios de gobierno, pero los parámetros del periodismo profesional requieren, exigen de equilibrio y de ser un relator que describe sin involucrarse, porque al lector no le interesa lo que uno siente, sino lo que uno ve, lo que uno investiga.

Los textos periodísticos no reflejan al reportero como persona. Muestran sus talentos para escribir, para relatar con palabras atractivas y sencillas; para atrapar al lector desde la primera línea.

Por eso el relato que se permite en *Libre en el Sur* es diferente a los géneros periodísticos, aunque emana de ellos.

El relato es la recuperación de la memoria personal; es el permitirse mostrarse como persona, pero al mismo tiempo mostrar a un México que ya no existe, porque los relatos que se leen en este espacio son pedazos de vida de periodistas que no sólo saben informar noticias, sino que también tenemos un pasado que va de la mano con la historia del país.

FRANCISCO ORTIZ PINCHETTI

Para el reportero Elías Chávez.

El reportero profesional está sujeto a normas estrictas al ejercer su oficio. Los géneros informativos tienen reglas inviolables, sobre todo en el caso de la prensa escrita y particularmente en la redacción de la nota informativa. Una de esos cánones es la prohibición de escribir en primera persona.

El yo está prohibido, decía el inolvidable escritor y periodista Vicente Leñero, frase que mi querido colega y amigo Elías Chávez retoma para dar título a su libro, que por cierto cumple en este mes de septiembre tres años de haber aparecido.

Los hechos son sagrados, sostenía Vicente Leñero al advertir que la noticia debe mostrarse sin alteración y sin que el reportero incluya su opinión. "Quiero información, no opiniones; necesito que el reportero me diga lo que sucede, no lo que debo pensar", escribe Elías en la introducción de *El Yo prohibido* (Ed. Proceso, 2021).

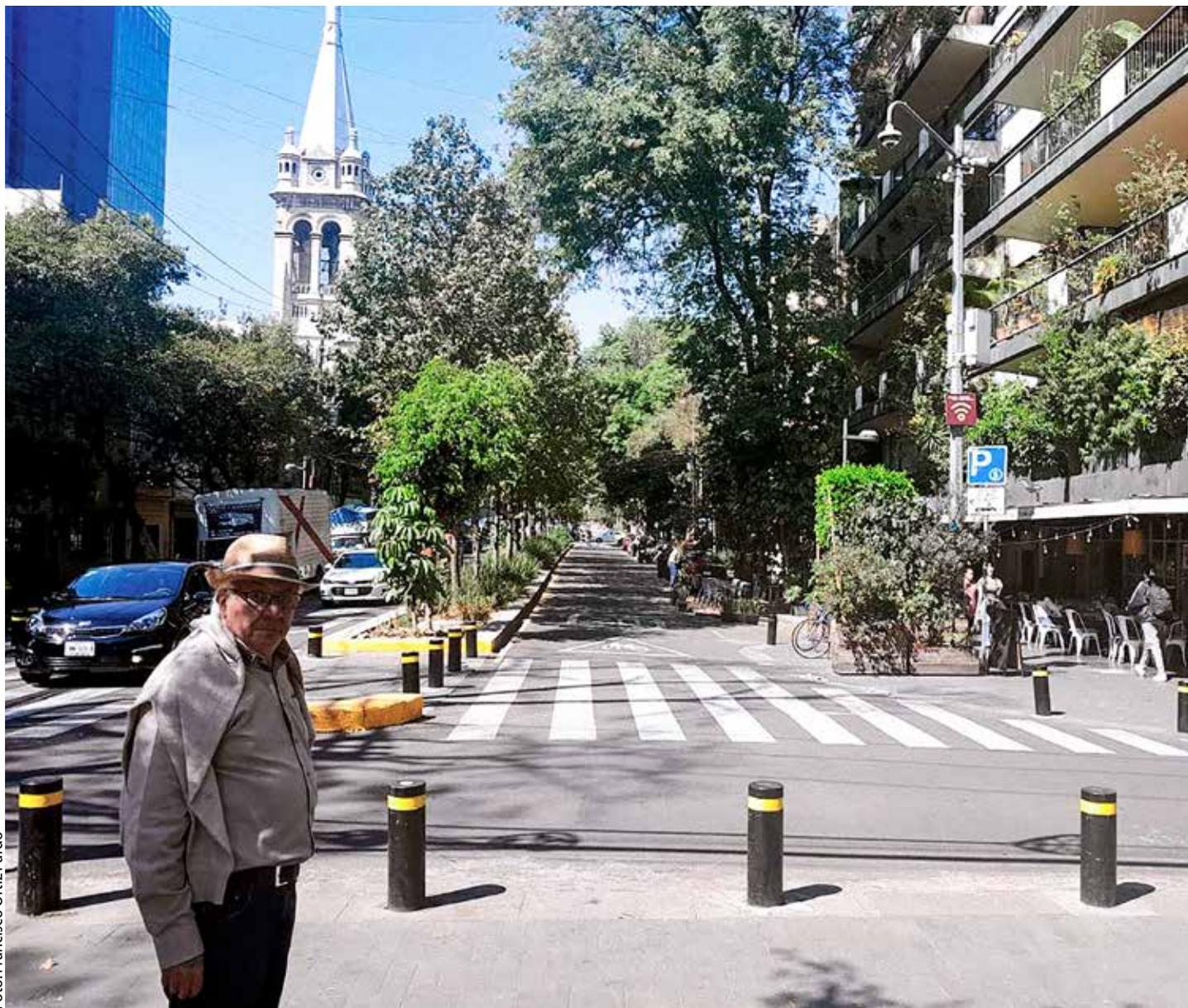
Y continúa:

Además de abstenerse de opinar, el reportero no es protagonista ni escribe en primera persona. El "yo" está prohibido. Un buen reportero debe pasar desapercibido, insistía Leñero. A nadie le interesa lo que tú sientas o pienses; eso déjase a los "opinólogos".

La norma en efecto es fundamental en tratándose de una noticia escueta, "la nota" decimos, pero también aplica para los otros géneros periodísticos informativos, como son la entrevista, la crónica y el reportaje.

Tras 250 ediciones mensuales a lo largo de más de 21 años, *Libre en el Sur* ha cumplido a cabalidad, pienso, el objetivo que nos propusimos cuando iniciamos esta aventura periodística en mayo de 2003: ejercer un periodismo de cercanía, comunitario, enfocado primordialmente a la cobertura de la vida cotidiana de una comunidad, en este caso la hoy alcaldía Benito Juárez: su problemática, su patrimonio histórico y cultural, su organización vecinal, las luchas de sus habitantes en defensa de su entorno físico y ambiental.

De manera natural, sobre todo a partir de la pandemia, fueron surgiendo este tipo de textos de un género nuevo, o al menos distinto, al que llamamos *relato*. Se trata de una modalidad libre, un híbrido digamos, que podemos ubicar entre los géneros informativos y los de opinión, en el que, con perdón de



Francisco Ortiz Pinchetti en la colonia Roma.

El Yo permitido

mis queridos Leñero y Chávez, se vale el "yo".

Me parece que el relato es cuando menos primo de la crónica, en cuanto a que se trata de contar una historia casi siempre con una secuencia cronológica. Efectivamente es informativo en cuanto que cuenta cosas desconocidas para el lector, que así se informa, pero a la vez es de opinión en la medida que el autor se basa en vivencias y apreciaciones propias y absolutamente subjetivas, libres.

También linda con la literatura, particularmente con el cuento. Con la diferencia sustancial de que ésta es generalmente una ficción mientras que nuestros relatos se refieren a hechos y vivencias reales, así sean a veces aderezados con pinceladas de color y buen humor. A menudo tienen también en

común el poseer algún grado de suspenso en el camino a un desenlace quizá inesperado.

Otro aspecto interesante en el caso de *Libre en el Sur* es que la mayoría de nuestros colaboradores son esencialmente reporteros, que han trabajado o trabajan en medios impresos, periódicos o revistas. Y para ellos ha resultado muy gratificante, nos comentan, poder platicar sus vivencias así, en primera persona, o al menos utilizando un ardid para no pecar violando el precepto periodístico de *El Yo prohibido*, como lo hace mi admirado Gerardo Galarza al referirse al "escribidor" para hablar de sí mismo sin emplear la primera persona. Y vale.

Esa posibilidad que aquí encontramos a través del relato de expresar nuestras historias personales sin cortapisas de

A partir de su conversión en una revista digital, hace dos años, nuestra publicación mensual ha incorporado un género nuevo, o al menos distinto, al que llamamos relato. Se trata de un híbrido que resulta gratificante para el reportero y esperamos que interesante para nuestros lectores.

forma, es en alguna medida una liberación muy agradable... y merecida. Y también pienso que para el lector puede resultar muy atractivo —e informativo inclusive— el conocer nuestras aventuras personales, historias de familia, anécdotas reporteriles, a veces chuscas, y de repente también nuestras desventuras. Eso sí, siempre bien escritas. Esperamos que esta innovación periodística mantenga el interés de nuestros por fortuna cada vez más numerosos seguidores.

¿Hay salvación?



Foto: Francisco Ortiz Pardo

Hace más de seis meses me concentré en escribir 12 cuentos relacionados con medios locales como este. Hubo historias eróticas, otras de religión, y una que otra de amor. Qué puedo decir. El amor es lo que fluye por los poros de la mayoría de nosotros.

Por Luis Mac Gregor Arroyo

Un parpadeo atrás estaba en mis treinta y tantos, dos atrás estaba en veintitantos. Ahora que cumpla 54 hago una retrospectiva. Muchos dirían que estoy peor, y tal vez sí, por la edad, pero por la experiencia no tanto. Es cierto, no he tenido mucha suerte... Nunca me he casado; pero viendo que aproximadamente 50% de mis conocidos se han divorciado, puedo decir que no me ha ido tan mal. No, es mentira no me ha ido muy bien, pero me atrevo a decir que quien se divorció tampoco ha vivido en un paraíso.

Vivimos en la época donde todo se vale pero no nos armamos de valor para desarrollar una relación sólida y duradera. Y muchos, cuando lo intentan, acaban claudicando. Yo la veo difícil para mí. A esta edad uno piensa en arrejuntarse pero no acabar casándose por el civil y mucho menos por la iglesia. Me imagino a Dios, viendo desde arriba y meneando la cabeza de un lado para otro en desaprobación. Ahora tenemos perros y gatos en vez de niños y el matrimonio acaba siendo una familia de dos todo el tiempo. De lo "poliamoroso" no puedo hacer muchos comentarios, no conozco a

alguien quien viva así. Me imagino que ha de ser interesante convivir con dos mujeres a la vez –que es un poliamor que funcionaría para mí–; aunque considero que eso acabaría como el dicho de "tres son multitud".

Ahora vuelvo a parpadear por tercera vez y me encuentro sentado en el café frente a mi casa. Un local perteneciente a una famosa marca de cafeterías. Suelo ir ahí en la tarde a soltarme el polvo del día, a quitarme lo oxidado, a ver a otras personas: mejor o peor que yo; pero todos sentados cerca para rendir culto a la bebida no alcohólica de más en boga en México, el café.

Hace más de seis meses me concentré en escribir 12 cuentos relacionados con medios locales como este. Hubo historias eróticas, otras de religión, y una que otra de amor. Qué puedo decir. El amor es lo que fluye por los poros de la mayoría de nosotros. Sí, una amiga, una amistad, algo duradero, "alguien más para una amistad en vez de ser una amante de tránsito" como dice la canción de Howard Jones *Everlasting Love*, de 1989. Aunque como dice Journey en *Only the Young*, "sólo los jóvenes saben" si vivimos en el cielo o el infierno y me pregunto, ¿realmente lo saben los jóvenes?

Parpadeo por cuarta vez y me llega el pesimismo. Lo recibo dando un sorbo a mi bebida, intentando humedecer la garganta. Sí, me quedo pensativo. Ahora es seguido que en los periódicos hay algún comentario sobre el desastre climático que estamos padeciendo. Como dijo Biden: "El cambio climático es una emergencia"; y muchos mandatarios lo reiteran y pocos hacen algo. Es como estar en un barco que se está hundiendo y en vez de ir a un bote salvavidas, desataran estos y los dejan ir sin pasajeros, para que todos fallieran.

Agarro el periódico que había dejado sobre la mesa y busco la hoja donde se habla de la temperatura en varias localidades del país. "50 grados centígrados en el estado de Sonora." ¿Quién puede vivir con esa temperatura? Me lo pregunto. Y todavía más doloroso "¿Quién quiere vivir con ese calor? ¿Tendrá su atractivo vivir en lugares cerrados con aire acondicionado? ¿Será padre estar

bajo techo y no salir en meses a disfrutar de la luz del día a la intemperie? Lo dudo. Tal vez ya estén medio acostumbrados aquellos quienes viven en un clima tan extremo a no salir en el día, pero sin duda es un costo alto para seguir consumiendo artículos con envases de plástico, andar en automóviles no eléctricos y a vivir –gran parte de la población– con un estilo de vida egoísta en vez de hacer algo para cambiar esta situación en los ratos libres.

Cambio de página en el diario y me llama la atención el título de una columna: *La miopía de la inacción*. Por lo visto no soy el único con un punto de vista pesimista.

Dejo el periódico nuevamente sobre la mesa y me reviso a conciencia. "Estoy en un café con la mitad de sus mesas llenas; ya estoy entrando a la tercera edad y sin embargo me siento igual que siempre, pero con el peso de mis años de experiencia encima. No me he casado pero no estoy tan mal. Tengo dos amigas con quienes hacer lo que quiera y no tengo ningún compromiso en firme. Tengo personas con las cuales platicar e intercambiar puntos de vista sobre cantidad de temas. Tengo algo de dinerito, no mucho, pero me alcanza... Así andamos los mexicanos, nos alcanza, pero me pregunto por cuánto tiempo. Es como si todos estuviéramos volando en un avión y comenzara a fallar en sus motores, para terminar volando sin nada que lo impulse y apunto de caer sin protección en el mar..."

Ensimismado en mis pensamientos mi ojos recorren el frente. Estamos en el fin y –como dijera mi hermano– el hombre en este planeta no va a durar más de 200 años.

En eso algo me distrae en la mesa de enfrente. Una mujer atractiva vistiendo un atuendo que brilla. Algo realmente llamativo. Un vestido de esos que dejan pocas cosas a la imaginación... Bueno, "¿qué más hacer!" Dejando de pensar en desastres me levanto y le inquiero...

—Disculpe, ¿está esperando a alguien?

Y así es con muchos de nosotros; vivimos el ahora y tratamos de no pensar en el mañana ¿tendremos salvación?



Foto Especial

Los duendes del amor

Por Alejandra Ojeda

De chiquitita, como siempre he llevado esto del lesbianismo muy adentro, me iba enamorando de amigas allí por donde pasaba. El primer recuerdo que tengo es posible que haya sido alrededor de los siete años. Me gustaba una niña de mi clase, era muy valiente y echada palante. Tenía una casa enorme con billar, mesa de pin pong y piscina. Ella siempre estaba hablando con los chicos, jugaba al fútbol y trepaba todos los árboles que había en el patio.

Tenía la voz dura y ronca, y en el hipotético caso de que hablase bajo, siempre tenía a alguien pegado a la espalda dispuesto a escucharla –yo la primera, por supuesto–. Mientras tanto, de mi boca sólo salían pequeños suspiros, como una princesita con miedo a que el príncipe azul llegara a despertarla. En mi casa siempre estaba con la misma cantinela, que si Paula hizo esto, que si hizo lo otro. El recuerdo más espantoso que tengo fue cuando, en su cumpleaños, me subí al pupitre para cantarle *Yo te esperaré* de Cali y el Dandee delante de toda mi clase.

Pero, desgraciadamente, la vida separó nuestros caminos, aunque la imagen de mi platónica amada no se me quitaba de la cabeza. La mente de una

“Me convertí en la niña de clase que sólo habla con los chicos. No me costó mucho, la verdad. A la primera semana ya estaba corriendo de un lado para otro, jugando a las peleas, metiendo goles en los partidos de fútbol y haciendo creer a todos los niños que mi nombre real era Ale y no Alejandra”.

niña sin referentes lésbicos interpretó todo este embrollo como una suerte de envidia y admiración. Así que, cuando mis padres me cambiaron de colegio, decidí adoptar su personalidad: recoger toda mi masculinidad, hacerla una bola gigante, masticarla y hacer con ella una bomba de chicle lo suficientemente grande para que al explotar se quede impregnada a mi cuerpo y nunca jamás nadie pueda obligarme a quitármela.

Me convertí en la niña de clase que sólo habla con los chicos. No me costó mucho, la verdad. A la primera semana ya estaba corriendo de un lado para otro, jugando a las peleas, metiendo goles en los partidos de fútbol y haciendo creer a todos los niños que mi nombre real era Ale y no Alejandra. Ellos también me adoraban, a muchos les gustaba pero yo les decía “soy muy joven para tener novio” y ellos me pro-

metían que me esperarían hasta el fin del mundo.

Por supuesto, me volví a obsesionar con otra niña, una de las mayores del colegio. En clase siempre estaba con el pelo recogido en un chongo y le eeeencantaba el fútbol. Yo la miraba siempre de reajo, evitando que se diese cuenta, e imitaba su forma de andar, de chocar la mano, de sentarse y reírse. Un día me fijé en que ella, al igual que los chicos, también llevaba bóxers. Le quedaban un poco por encima de los pantalones y cada vez que levantaba los brazos se le veían. “Las chicas no pueden llevar bóxers”, mi mente explotaba: “14s ch1c4s n0 pu3d3n 113v4r b0x3rs”.

Al salir del colegio, le hice la misma pregunta a mi madre. Ella, después de una pausa, me dijo: “Sí... aunque seguro que para nosotras son incómodos, ahí

falta algo que rellenar”. Con la duda, en la tarde, muy silenciosamente, abrí las puertas del armario de mi padre, desplegué el cajón de la ropa interior y saqué unos enormes bóxers. Corrí a probármelos en el baño y cuando me miré en el espejo, sentí como unos duendes del amor me tiraban de los órganos, jalaban y jalaban con fuerza, todos juntos, uno, dos y... ¡querían sacarme el intestino por la boca! Rápidito rapidito me reajusté las tripas para dentro.

Por la noche, los escondí detrás de la cabecera de mi cama, y, al día siguiente, me los puse debajo del uniforme del colegio. Me quedaban demasiado grandes, así que les tuve que anudar una parte del elástico de la cadera con un coiletero y tener cuidado durante todo el día para que aquel bultito no fuera visto por nadie. Lo único que recuerdo de ese momento es realmente pensar y sentir que el aire era mío ¿De quién iba a ser si no? Mío, mío y mío, ¿Por qué? Porque llevaba bóxers. El aire es comestible y yo lo devoro, soy más grande que las nubes así que salto de una a otra y soplo y creo más nubes y más grandes para que mis amigos también puedan saltar conmigo. Hago un pino y un mortal y todos me miran y les encanto. Saben que llevo bóxers.

Un día, para jugar un partido de fútbol en el recreo, nos pusieron a la nueva Paula y a mí en el mismo equipo. Cuando nos escogieron, mi frente se puso fría como un cubito de hielo, las manos me temblaban, se movían solas como si miles de duendes del amor hubieran entrado en pánico en mi interior por no saber si lo mejor era meterlas en los bolsillos, colocarlas en jarras en las caderas o recrear la forma de corazón y declararse definitivamente.

Al escuchar el silbato, mis piernas empezaron a moverse sin que mi cerebro les encomendara ninguna función. Veía nublado, la portería estaba demasiado lejos y de los 12 miembros de mi equipo, yo sólo me acordaba de una. La pelota no me rozó ni un sólo segundo –creo que me pasé los primeros 20 minutos corriendo por la banda, atrás, adelante, atrás adelante, celebrando y sufriendo los goles de ambas partes–.

Pero en un momento, mi amigo Víctor me pasó el balón y justamente el portero estaba bastante adelantado así que de un momento a otro la nueva Paula estaba corriendo hacia mí gritando ¡gooooool!, con los brazos abiertos y la espalda ligeramente encorvada. Me abrazó y me levantó en peso gritando de alegría. Luego vinieron todos mis amigos e hicieron lo mismo. Por dentro, cada rincón de mi cuerpo estaba tiritando de alegría, y los duendes del amor se me empezaron a salir por los agujeros de las orejas, la nariz y el ombligo.

Un alemán muy mexicano

ADRIÁN CASASOLA

Querido lector, en este mes patrio es justo rendir un homenaje póstumo a un fotógrafo alemán que dedicó gran parte de su vida a plasmar con sus cámaras la belleza y cultura de nuestro país. Como lo mencionamos en nuestra edición del mes de julio de este año, Hugo Brehme se estableció en la capital de México y desde su estudio planeaba sus viajes a distintos puntos de nuestra nación.

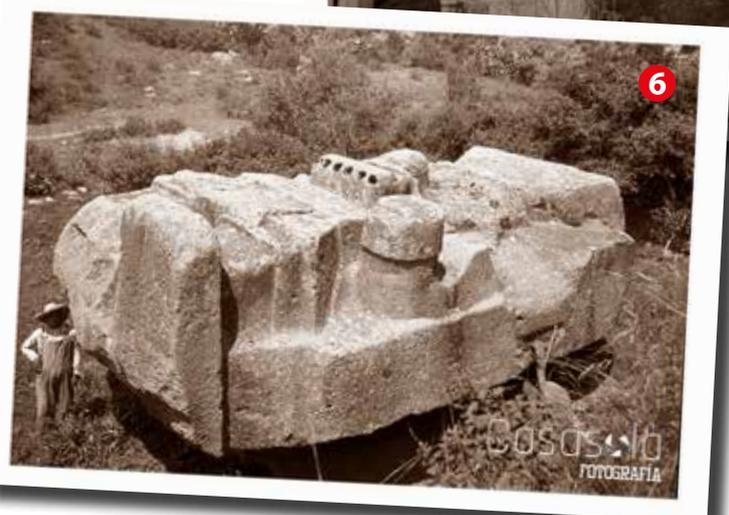
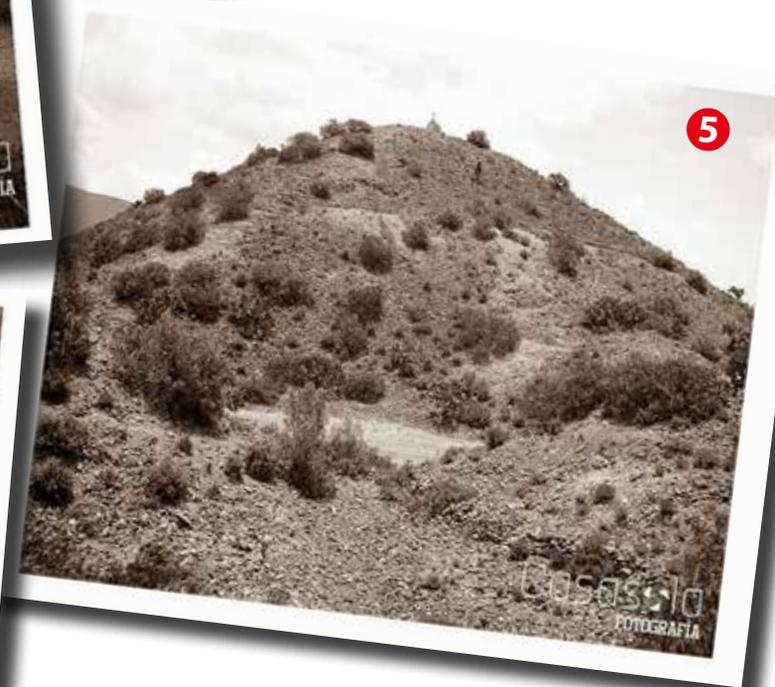
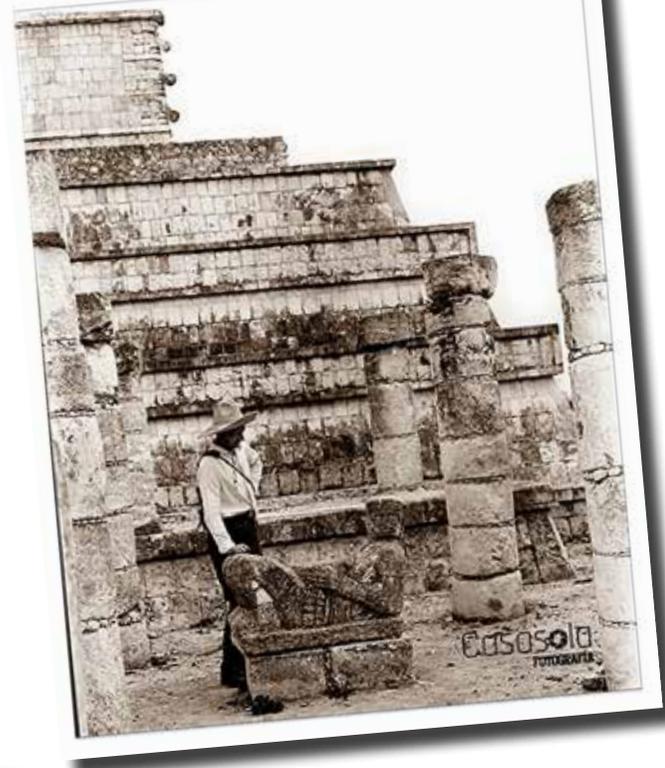
Parajes desconocidos, bellos paisajes, rostros indígenas trabajando en la tierra o creando bellas artesanías: todo para él era nuevo, indescriptible si no se plasmaba en una placa de vidrio salido de su creatividad y de la lente. Desde 1906 pasó miles de horas recorriendo a caballo, en mula, por tren y a pie la mayor parte del territorio mexicano en busca de la imagen perfecta.

En esta ocasión nos centramos en su laborioso registro del paisaje mexicano acompañado de las zonas arqueológicas. Es importante recalcar que las primeras imágenes que salieron al extranjero en la década de los 1920's y para la prestigiada revista *National Geographic* no provinieron de un archivo o fotógrafo mexicano.

Fue nada menos que Hugo Brehme el pionero en mostrar fotografías de diferentes zonas arqueológicas, muchas de ellas recién descubiertas o en proceso de investigación.

Recordemos también que el fotógrafo era alemán pero de corazón azteca por su amor a México; y el que vendió su primera cámara en 1926 a otro genio mexicano de la lente, Manuel Álvarez Bravo, que llevó su pasión por mostrar la cotidianidad y belleza del país a muchos rincones de América y Europa exhibiendo su obra plasmada en blanco y negro.

Desde aquí un discreto tributo a Brehme por haber hecho del arte de la fotografía un crisol donde podemos hasta el día de hoy, admirar al México que ya se fue.



Los invitamos a seguirnos en TikTok: Estamos como Casasola.fotografia y en línea en www.casasolafotografia.mx
 FOTO 1:
 Vista panorámica en las ruinas de Monte Albán
 Autor: Hugo Brehme, c. 1906
 FOTO 2:
 Indígenas y paseantes en las ruinas de Mitla, Oaxaca
 Autor: Hugo Brehme, c. 1907
 FOTO 3:
 Vista parcial de las ruinas de Labná
 Autor: Hugo Brehme, c. 1910
 FOTO 4:
 Arqueólogo en las ruinas de Chichén Itzá
 Autor: Hugo Brehme, c. 1906
 FOTO 5:
 Pirámide de Teotihuacán sin restaurar
 Autor: Hugo Brehme, c. 1905
 FOTO 6:
 El monolito de Coatlinchán (Tlaloc) en su lugar de origen
 Autor: Hugo Brehme, c. 1910